

## Huelva, ciudad de los tartessos\*

*M. Fernández-Miranda - Madrid*

[The historical development of the Tartessian Culture and accordingly of the City of Huelva is laid out in four stages: a first period of plain native character going back to the Late Bronze (X-IX centuries B.C.); a second moment in which contacts with the Phoenician 'colonizers' began, bringing with them the iron and the wheel-made pottery (VIII century B.C.); the third or orientalizing phase, whose main feature is the ongoing assimilation of the new culture as a consequence of the massive trade exchanges (VII-VI centuries B.C.); and finally the period of Hellenization and the end of cultural identity that slowly merges in the Turdetan Iberian way of life (VI-V centuries B.C.), although the process slows down slightly in the case of Huelva.]

El área urbana de Huelva ha proporcionado en los últimos veinte años una importante información arqueológica a propósito del mejor conocimiento de la cultura tartésica. Ello, unido a la reinterpretación de ciertos hallazgos antiguos, como es, por ejemplo, el caso del depósito de la Ría de Huelva, la valoración de piezas encontradas casualmente o en contextos poco definidos y la comparación de los resultados obtenidos con los logrados en otras zonas geográficas próximas, como el Bajo Guadalquivir, Extremadura, la costa meridional peninsular e incluso la Alta Andalucía, permite establecer ya, aunque persisten lagunas, una visión bastante aproximada de lo que debió ser la evolución de tal cultura en ese ámbito territorial, así como obtener algunas conclusiones de carácter más general sobre la presencia fenicia en la Península ibérica y sus consecuencias. Este desarrollo de la investigación ha sido posible, sobre todo, por el incremento de las excavaciones arqueológicas, pero también por el tratamiento cada vez más adecuado de los datos obtenidos y la evidente mejora en su interpretación, lo que ha facilitado, entre otras cosas el abandono de concepciones románticas y decimonónicas en torno al nombre y al hecho cultural de Tartessos y ha provocado la aparición de un modo historiográfico nuevo y adecuado a las necesidades exigidas por el problema histórico en debate.

(\*) El autor desea expresar su agradecimiento a Ramón Corzo, Director del Museo de Cádiz, que facilitó la contemplación de las estatuas de bronce recientemente encontradas en aquella provincia, así como diversos datos sobre sus trabajos en distintos puntos del área urbana de la ciudad de Cádiz. Igualmente quiero expresar mi gratitud a Belén Martínez, que realizó los dibujos que ilustran este trabajo, y a J. Latova, que es autor de varias de las fotografías. También mi reconocimiento a H. Schubart, Director del Instituto Arqueológico Alemán en Madrid, por facilitarme las fotografías de las estatuas de bronce halladas en las inmediaciones de la ciudad de Huelva.

Así, se ha podido llegar a un total replanteamiento de lo que significa, o debe significar, *cultura tartésica*, tan distante de lo que se decía a comienzos de la década de los sesenta que parece, en ocasiones, que se está hablando de problemas diferentes cuando se compara lo hasta entonces escrito con los problemas que ahora preocupan a los investigadores interesados en este asunto.

El conjunto de excavaciones realizadas en la zona urbana de Huelva en estos años, junto con la documentación complementaria que se ha podido extraer de otros yacimientos próximos, y su cotejo con otras excavaciones importantes del Bajo Guadalquivir, posibilita, en este momento, el establecimiento de una secuencia cultural según la cual, y a mi juicio, la cultura tartésica debe dividirse en cuatro característicos periodos, en sustitución de la división tripartita que yo mismo propuse en anteriores ocasiones y que ha sido seguida por otros autores<sup>1</sup>, si bien señalando diferencias respecto del modelo inicialmente creado o adaptándolo a sus necesidades según los hallazgos arqueológicos que se iban produciendo. Resulta claro que, en el terreno de la investigación arqueológica, estas proposiciones de carácter sistemático que buscan encuadrar una cultura en el espacio y en el tiempo están siempre, por el propio carácter del método que se sigue, sujetas a variación, si no constantemente, sí cada cierto número de años, a medida que se efectúan nuevos trabajos de campo. Y tal cosa, lejos de causar sobresalto, debe ser motivo de satisfacción tanto para quien hace una nueva propuesta como para quien ve que la anterior necesita ser modificada, pues ello es síntoma evidente de que, al menos en ese campo, la investigación histórica avanza.

De acuerdo, entonces, con los datos ahora existentes, y sin perjuicio de señalar una serie de cuestiones que aún se mueven en el terreno de la hipótesis o que sólo poseen leve sustentación argumental, creo que la investigación arqueológica onubense permite proponer la siguiente secuencia histórica para la cultura tartésica y, por ende, para la vida de la ciudad de Huelva en ese mismo periodo histórico.

*Fase I.* Plenamente indígena y equivalente al Bronce Final en un momento evolucionado que cronológicamente se sitúa en los siglos X y IX a.C.

*Fase II.* Comienzo de los contactos exteriores a través de navegantes fenicios. Tecnológicamente parece significar la aparición del hierro, quizás todavía como producto exótico, y de la cerámica a torno, todo ello introducido por los *colonizadores*; cronológicamente debe situarse a lo largo del s. VIII a.C. o en gran parte de él.

*Fase III.* Orientalizante plena, se caracteriza por la aculturación de la población local como consecuencia de la presencia masiva de importaciones fenicias, del comercio del metal y de objetos exóticos y de la imitación consiguiente de los productos importados. Cronológicamente se sitúa a lo largo del s. VII a.C., quizá ocupando también los últimos años del anterior, y del primer tercio del siguiente. Su momento de esplendor parece ocurrir en el último tercio del s. VII y los comienzos del VI a.C.

*Fase IV.* Helenización de Tartessos y fin de su identidad cultural, que poco a poco se asimila a la cultura ibérica turdetana, plenamente constituida en los primeros años del s. V a.C. y quizá incluso a partir de los años centrales del anterior, aunque en el área de Huelva sea posible rastrear tradiciones tartésicas que dan personalidad a esa zona frente al resto de Andalucía.

#### 1. La formación de la cultura tartésica y el origen de Huelva

Parece ya fuera de toda discusión que la cultura tartésica debe ser concebida como un fenómeno local propio del suroeste peninsular, en concreto del territorio que corresponde a las actuales provincias españolas de Huelva, Cádiz y Sevilla, en forma de *Hinterland*, hacia Extremadura por el norte, por el suroeste hacia La Mancha, y la Alta Andalucía al este, a través del río Guadalquivir y sus principales afluentes. Desde un punto de vista arqueológico esta cultura se define en su fase inicial perfectamente mediante unos tipos de cerámicas

1. Véase, por ejemplo, M. Fernández-Miranda, "Horizonte cultural tartésico y hallazgos griegos en el sur de la península", *Archivo Español de Arqueología* 52(1979)49ss., o también M. Fernández-Miranda, "Extremadura y Andalucía occidental en época tartésica. Elementos de comparación", en *VI Congreso de Estudios Extremeños. Arqueología*. Madrid 1983, pp.33ss.

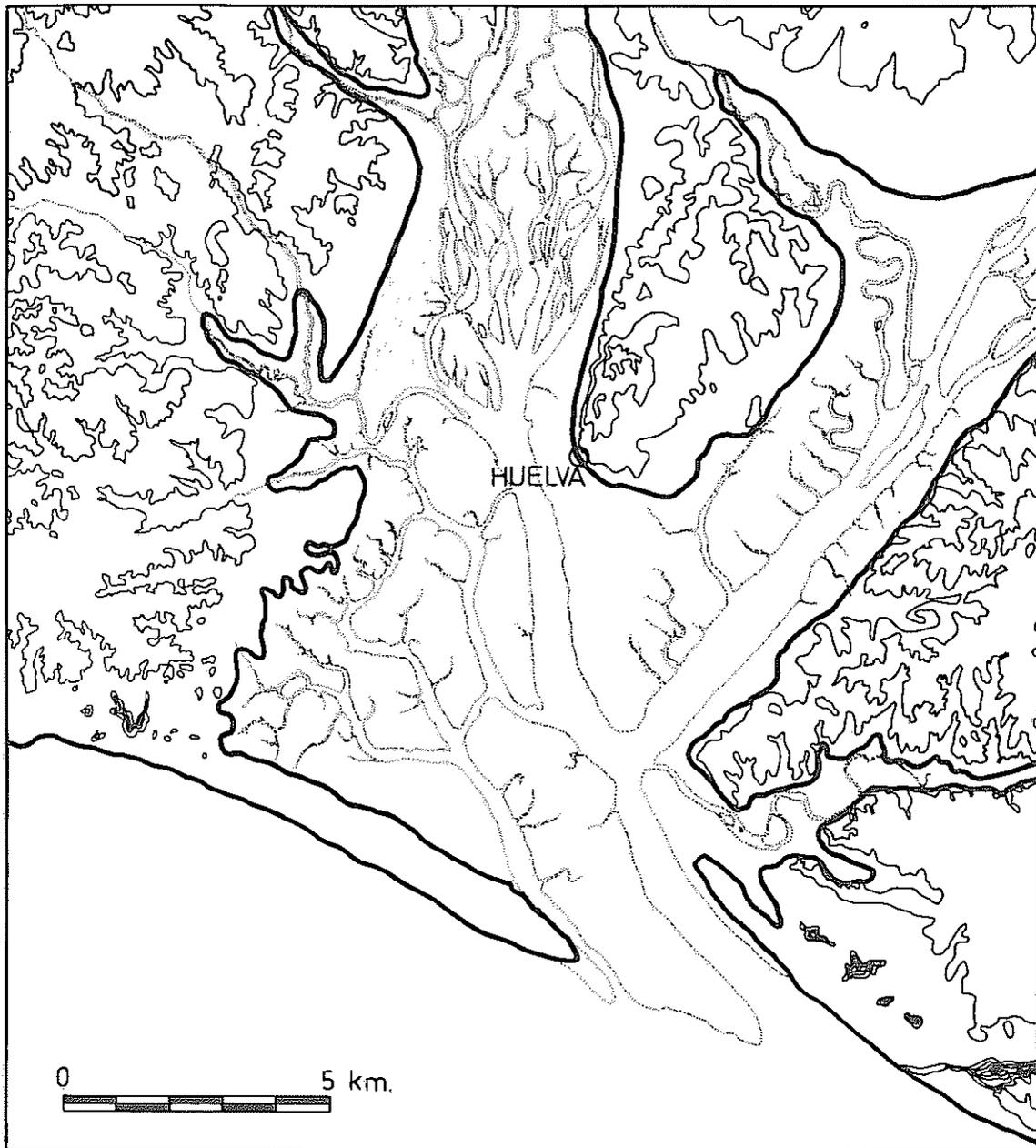


Fig. 1. Reconstrucción paleogeográfica del estuario Tinto-Odiel en la primera mitad del último milenio a. C. y situación de la ciudad de Huelva.

bien características: la bruñida con decoración reticular y la pintada tipo Carambolo, junto con otras producciones también moldeadas a mano. Esos fósiles-guía de la cultura tartésica en su horizonte formativo aparecen en multitud de yacimientos extendidos por la casi totalidad de las tres provincias antes citadas, y se hallan esporádicamente hacia Córdoba y Granada, e incluso Almería, por el este, y Extremadura por el norte<sup>2</sup>.

2. Véanse los mapas de dispersión, por ejemplo, en M. Almagro Gorbea, *El Bronce final y el período orientalizante en Extremadura*. Madrid 1977, y algunas consideraciones más sobre ellos en M. Fernández-Miranda, "Extremadura y Andalucía...".

Ambos sirven para definir bien el origen de esta cultura en el momento en que ya se considera formada. El final de esta primera fase, de acuerdo con el esquema propuesto, lo marcan las más tempranas importaciones de cerámicas ajenas a la tradición local, entre otras cosas por estar realizadas a torno, por lo que no resulta especialmente difícil determinar en qué momento se cierra este período inicial de la cultura tartésica. Pero no ocurre lo mismo con su origen, cuya delimitación plantea todavía numerosos problemas.

En el actual estado de la investigación resulta difícil establecer en Andalucía occidental el límite entre el Bronce Medio y el horizonte inicial del Bronce Final; todo da a entender la existencia de una continuidad cultural definida en poblados de cierta importancia como permanente actividad metalúrgica, como es el caso de Setefilla<sup>3</sup> o, en otros casos, por grupos dedicados a la ganadería y la agricultura, probablemente de menor entidad numérica en cada caso, según parece deducirse del horizonte de los enterramientos en cista, documentado sobre todo en la provincia de Huelva<sup>4</sup>. En un momento más avanzado, del que aún existen pocas pruebas, hacen su aparición ciertos elementos materiales, como las cazuelas carenadas, que indican el propio arranque del Bronce Final en la zona. Una fecha en torno al 1.100 a.C. parece adecuada para su existencia, si bien fijar sus límites resulta imposible. En las distintas áreas excavadas de la ciudad de Huelva no existe constatación de este horizonte cultural, al que con indudable propiedad se le puede considerar característico del Bronce Final en el Bajo Guadalquivir y Andalucía occidental. Por lo que se sabe, por ejemplo en el ya citado yacimiento de Setefilla o en Huerto Pimentel, en Lebrija y en otros más<sup>5</sup>, parece manifiesta la sensación de continuidad cultural respecto de la fase precedente, lo que quizá pueda interpretarse como una época con pocos estímulos transformadores o de acusada estabilidad social.

En un momento que convencionalmente se sitúa a comienzos del s. X, pero que quizá pueda ser algo anterior, se produce la transformación reflejada, entre otras cosas, en la aparición de los tipos cerámicos definidos más atrás como característicos de la cultura tartésica en su fase inicial. Y en ese momento es, cuando, según todos los indicios, surge el poblamiento en Huelva, en concreto sobre el Cabezo de San Pedro. Esta eclosión de Huelva no es única, pues la aparición de núcleos humanos en puntos antes inhabitados o la transformación de los modelos formales anteriores, cuando existe continuidad de poblamiento, parecen ser dos constantes en todo el bajo Guadalquivir<sup>6</sup>, y también en el territorio de la actual provincia de Huelva; incluso afecta a puntos más alejados, como por ejemplo a Extremadura, donde Medellín representa un caso similar. Se trata, por consiguiente, de un fenómeno cultural bastante homogéneo y para una zona relativamente amplia que económicamente está basado, en unos casos, en la extracción del mineral y el tratamiento de los metales, tal y como demuestran los ejemplos de Riotinto, Chiflón, Almonte<sup>7</sup> o la propia ciudad de Huelva, donde se documentan habitualmente restos de escoria que parecen corresponder al beneficio de la plata; en otros casos, la economía de tales poblados descansa en la explotación ganadera, controlando los pasos naturales hacia áreas ricas en pastos.

Ganadería y metalurgia son las dos constantes que animan esta fase inicial de la cultura tartésica, la primera quizá en la línea tradicional, que ya se registraba a lo largo de todo el Bronce Medio y Final inicial, y la segunda intensamente reactivada, pues de ella también existen abundantes precedentes en esos períodos. Parece evidente que el peso que Andalucía oriental tuvo como zona minera y metalúrgica a lo largo de toda la

3. M.E. Aubet Semmler *et al.*, *La mesa de Setefilla. Lora del Río (Sevilla) Campaña de 1979*. Madrid 1983.

4. M. Del Amo, "Enterramientos en cista de la provincia de Huelva", en *Huelva: Prehistoria y Antigüedad*. Madrid 1975, pp. 109ss.

5. A. Tejera, "Huerto Pimentel (Lebrija, Sevilla): un poblado del Bronce medio y final en la marisma del Guadalquivir", en *XV Congreso Nacio al de Arqueología*. Zaragoza 1979, pp. 203ss.

6. A. Tejera, "El Bronce final del bajo Guadalquivir y su problemática", *Huelva Arqueológica* 4(1978)181ss. por ejemplo.

7. Sobre Riotinto véase, por ejemplo, A. Blanco-J.M. Luzón, "Resultado de las excavaciones del primitivo poblado de Río Tinto", en *Huelva: Prehistoria y Antigüedad*. Madrid 1975, pp. 235ss. Para Chiflón, M. Pellicer-V. Hurtado, *El poblado metalúrgico de Chiflón (Zalamea la Real, Huelva)*. Sevilla 1980. Para Almonte, D. Ruiz-Mata, "El poblado metalúrgico de época tartésica de San Bartotomé (Almonte, Huelva)", *Madrider Mitteilungen* 22(1981)150ss.



Fig. 2. Vista aérea vertical de la ciudad de Huelva, con el río Odiel a la izquierda y la zona arqueológica aproximadamente en el centro de la fotografía.



Fig. 3. Vista aérea vertical de la zona arqueológica de la ciudad de Huelva.

edad del Bronce, desde los tiempos calcolíticos, se traslada ahora hacia occidente, quizá como consecuencia de la riqueza en cobre y, sobre todo, en plata que presentan las minas de Sevilla y Huelva.

Esta fase está definida en la ciudad de Huelva por distintos restos arqueológicos bien estratificados que marcan la primera ocupación de un punto estratégico junto al mar, lo que explica su idoneidad como puerto natural. En consecuencia, debe suponerse que el origen de Huelva no está motivado por otra cosa que el comercio de minerales y productos metálicos, incluso antes de que aparezcan, de forma sistemática los primeros comerciantes procedentes del Mediterráneo oriental. La prueba más clara de esta actividad es el llamado depósito de la Ría de Huelva.

El estudio de tal depósito, aparecido de manera casual en 1923, ha sido objeto de conocida controversia. Bosch Gimpera, que lo estudió detenidamente, lo fechó entre 1.200/1.000 a.C. y le dio una filiación netamente mediterránea<sup>8</sup>, mientras que Almagro Basch prefirió verlo como manifestación característicamente atlántica datable hacia 750 a.C.<sup>9</sup>. De ambas dataciones discreparon Hencken<sup>10</sup> y Almagro-Gorbea<sup>11</sup>, para quienes el depósito debía tener una fecha distinta e intermedia entre las dos propuestas. Las dataciones obtenidas por medio del C-14, entre 880 y 850 a.C.<sup>12</sup>, señalan su cronología en torno a los años centrales del s. IX a.C., fecha que se confirma a través de un primer estudio de las piezas que lo componen, así como por su comparación con otros conjuntos y hallazgos aislados<sup>13</sup>.

Pero lo que aquí nos interesa, una vez fijada la época de tan importante depósito, es valorar su aparición en Huelva en ese momento. La filiación atlántica de la mayoría de las piezas que lo componen parece fuera de toda duda, al igual que otros depósitos y hallazgos que muestran un activo comercio en la fachada atlántica de la Península ibérica a lo largo del Bronce Final avanzado y también desde ella hacia Europa occidental. Si el depósito, como parece lógico aunque se carezca de pruebas concluyentes, se hubiese producido a consecuencia del hundimiento de una embarcación en la Ría, su punto de hallazgo, constituiría la demostración de que las gentes tartésicas ya comerciaban en su fase inicial a través del Atlántico, a la vez que recibían objetos del área mediterránea, como se desprende de la presencia de fibulas de codo de tipo siculochipriota, también habituales en otros conjuntos estilo Nôtre Dame d'Or o Vénat<sup>14</sup>.

La cuestión es ahora determinar si este comercio es propio, es decir tartésico, o si se encontraba en manos de otros grupos culturales distantes. En el caso de la ruta atlántica hacia Portugal, Francia e Inglaterra, por citar áreas de las que pueden proceder piezas contenidas en el depósito<sup>15</sup> o que aparecen también en esos países, no cabe duda que desde el Bronce Pleno los contactos comerciales son evidentes por parte de todos los pueblos costeros, por lo que pensar que uno de ellos, el tartésico, tuviera intercambios con los restantes es perfectamente coherente, sobre todo si se considera el auge que la minería y la metalurgia tienen a partir del s. X en la zona de Huelva, difícilmente explicable como producción destinada sólo al consumo local y muy probablemente debido a las necesidades de procurarse amplios excedentes con vista al comercio exterior.

Problema distinto es el que plantea la aparición de las fibulas de codo, que tanto en Huelva como en los restantes casos en que se encuentran en la Península ibérica y hacia la Europa atlántica parecen prueba segura de la existencia de otra línea comercial, en este caso procedente del Mediterráneo oriental o central. Esta impresión de doble comercio, al menos en lo que concierne al área del Mediterráneo occidental, es bastante

8. P. Bosch Gimpera, *Etnología de la Península Ibérica*. Barcelona 1932.

9. M. Almagro Basch, "El hallazgo de la Ría de Huelva y el final de la edad del Bronce en el occidente de Europa", *Ampurias* 2(1940)85ss. Del mismo autor: *El depósito de bronce de la Ría de Huelva*. Madrid 1958, y "Depósito de bronce de la Ría de Huelva", en *Huelva: Prehistoria y Antigüedad*. Madrid 1975, pp. 213ss.

10. H. Hencken, "The Earliest European Helmets", *American School of Prehistoric Research Bulletin* 28(1971).

11. M. Almagro Gorbea, "Casos del Bronce final en la península ibérica", *Trabajos de Prehistoria* 30(1973)349ss.

12. M. Almagro Gorbea, *El Bronce final...*

13. M. Fernández-Miranda-M. Ruiz-Gálvez, "El depósito de la Ría de Huelva y su contexto cultural", *Oskitania* 1(1980)65ss.

14. A. Duval *et al.*, "Les fibules antérieures au VI siècle avant nôtre ère trouvées en France", *Gallia* 32(1974)1ss.

15. M. Fernández-Miranda-M. Ruiz-Gálvez, *Oskitania* 1(1980)E6s.

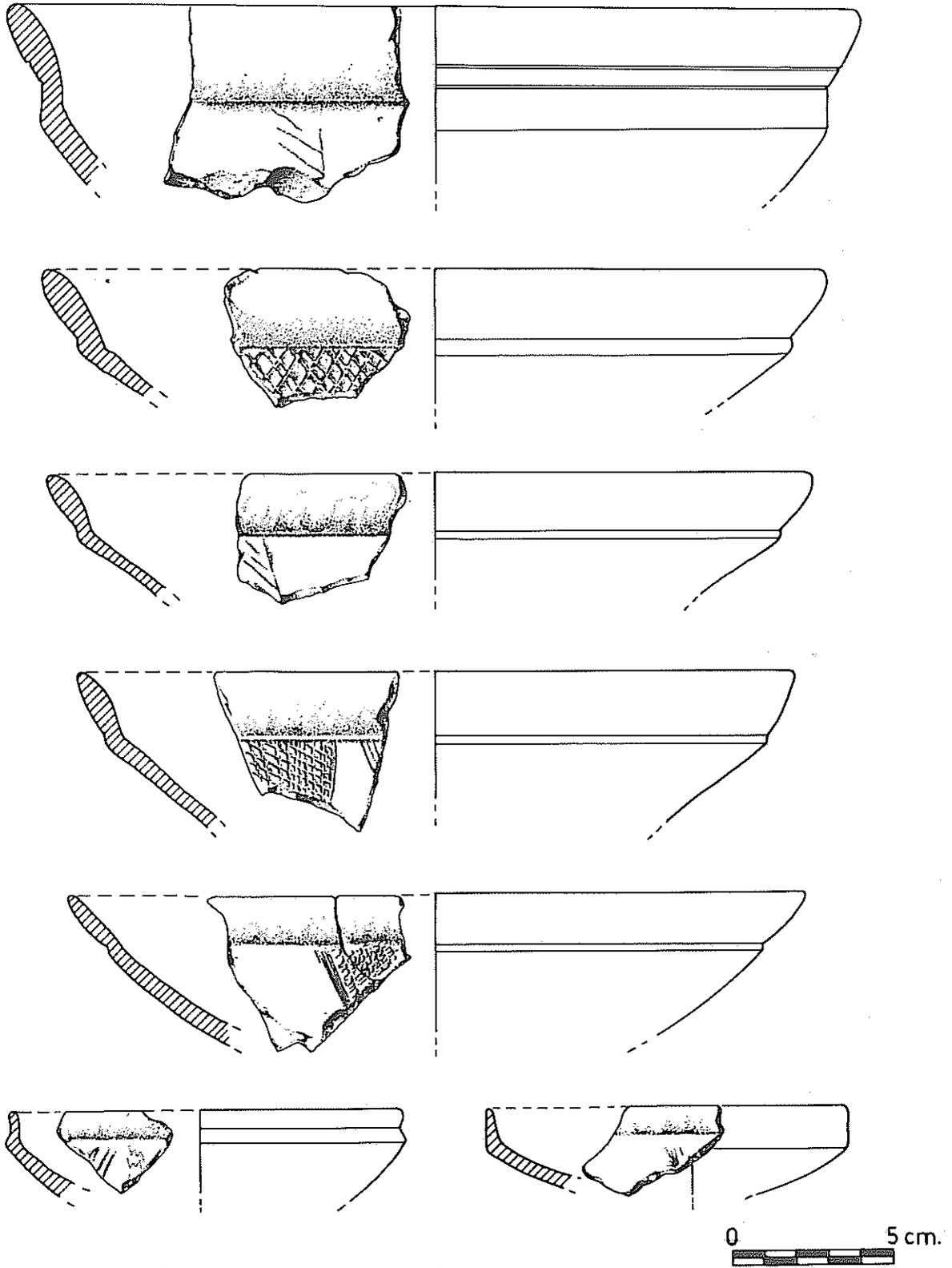


Fig. 4. Cerámicas bruñidas con decoración reticulada de la fase I.

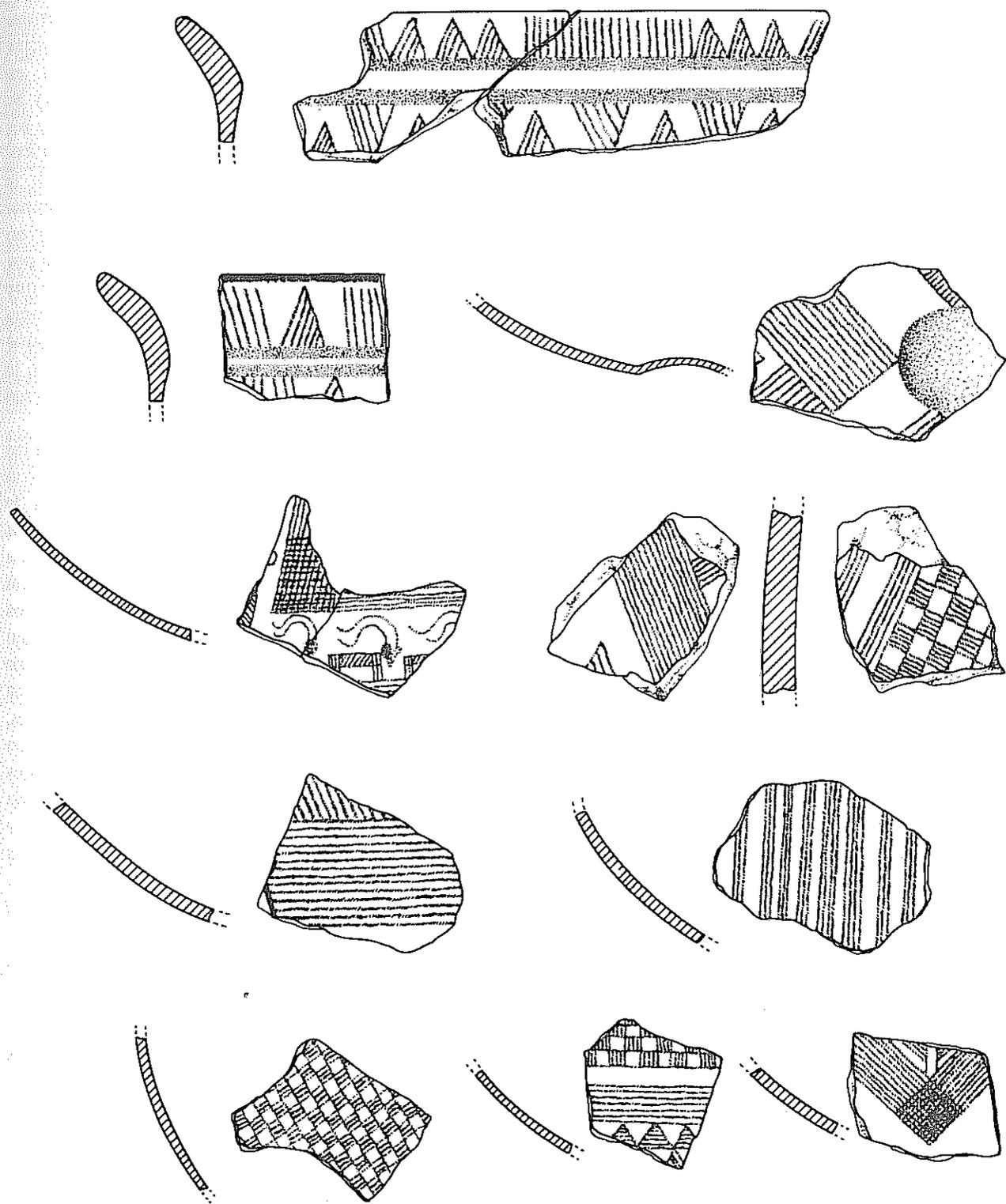


Fig. 5. Cerámicas decoradas con motivos pintados geométricos y zoomorfos de la fase I.

evidente, aunque en fechas algo más tardías, dentro del s. VIII a.C., cuando se examinan algunos conjuntos baleáricos, donde lo mismo aparecen piezas metálicas claramente emparentables con el levante peninsular como con el sur de Francia e incluso con Cerdeña<sup>16</sup>, pero también, en algunos casos, con claro carácter atlántico, como resulta ser, por ejemplo, el caso de los ejemplares de hacha de talón de C'an Gallet, en Formentera. Conviene, asimismo, recordar las evidentes analogías existentes entre depósitos como Vénat y Sa Idda, que vienen a confirmar cuanto estoy diciendo. De acuerdo con todo ello la fíbula de codo vendría a ser un elemento más que confirma ese comercio por el Mediterráneo, similar al que se desarrolla en el Atlántico, con piezas que, por otra parte, demuestran la interrelación entre las dos grandes áreas marítimas de la antigüedad en ese momento. No sería extraño, en lo que concierne al Mediterráneo, que ese comercio durante los siglos VIII y VII a.C. se debiera a navegantes fenicios, que utilizarían el sur de la Península ibérica, y en particular quizá su zona más occidental, como lugar de intercambio de mercancías de origen mediterráneo por otras de procedencia atlántica. En el caso del depósito de la Ría de Huelva, y de acuerdo con la cronología que ahora se propone para tal conjunto de piezas, ese comercio en tales manos sería prueba de navegaciones hacia Occidente por parte de mercaderes fenicios desde mediados del s. IX. Pero tampoco se debe olvidar que otros pueblos, como es el caso de los propios tartésios, pudieron asimismo navegar hacia Oriente, al menos en la zona comprendida entre las Penínsulas italiana e ibérica, lo cual ayudaría a explicar la presencia de ciertos objetos *hispanos* dentro de esa área en la fase última del Bronce Final.

Un hallazgo relativamente reciente en la propia ciudad de Huelva viene a confirmar la hipótesis de las primeras influencias mediterráneas orientales sobre la zona, antes que el comercio se convirtiera en una actividad habitual entre fenicios y tartésios, lo que Moscati ha dado en llamar *precolonización*, o etapa de posibles contactos sin estabilidad en la permanencia física<sup>17</sup>. Se trata del muro encontrado en la parte alta del Cabezo de San Pedro<sup>18</sup>, cuya construcción se llevó a cabo en un ambiente exclusivo de cerámicas hechas a mano —o a torno lento en la denominación de los autores, pero en todo caso indígenas— antes de la presencia de las primeras cerámicas importadas. La estructura de la construcción, a base de un pilar de sillares calizos dispuestos a soga y tizón y, a ambos lados, mampostería de lajas de pizarra, tiene paralelos evidentes en Oriente desde finales del segundo milenio, como es el caso del aparecido en el nivel IV de Meguido. En Tiro esta técnica constructiva está documentada a mediados del s. IX a.C.; en otros yacimientos es frecuente en los siglos siguientes, incluso hasta época helenística. Su presencia en colonias occidentales típicamente fenicias, como, por ejemplo, Mozia, Nora o la propia Cartago, demuestra que son los fenicios quienes traen hacia Occidente ese modelo de construcción, aunque obviamente no puede descartarse a otros pueblos navegantes en el marco de la colonización citada<sup>19</sup>. En el Cabezo de San Pedro el muro de pilares y mampostería pudo servir como elemento de contención, quizá para organizar una zona alta sobre el cerro a modo de acrópolis, o ser incluso parte de una auténtica muralla. En Huelva no cabe duda que su cronología es anterior a las primeras importaciones, por lo que debería fecharse, a mi juicio, dentro del s. IX a.C. o, como muy moderno, en los primeros años del siguiente, aunque su datación precisa plantea ciertos problemas cuya discusión no hace aquí al caso.

Ambiente similar<sup>20</sup> se documenta en la parte baja o substrato XIII b del perfil estratigráfico obtenido en

16. G. Delibes de Castro—M. Fernández-Miranda, "Metalurgia balear de la edad del Bronce: hachas de cubo, de talón y de apéndices", en *Early Settlement in the Western Mediterranean Islands and the Peripheral Areas*. Oxford 1984, pp. 998ss.

17. S. Moscati, "Precolonizzazione greca e ecologizzazione fenicia", *Rivista di Studi Fenici* 11/1(1983)1ss.

18. D. Ruiz-Mata *et al.*, "Excavaciones en el Cabezo de San Pedro (Huelva). Campaña de 1978", *Huelva Arqueológica* 5(1981)149ss.

19. Véase, para este tipo de muro, la síntesis de J. Elayi, "Remarques sur un type de mur phénicien", *Rivista di Studi Fenici*, 8/2(1980)165ss.

20. M. Belén—M. Fernández-Miranda—J. P. Garrido, *Los orígenes de Huelva. Excavaciones en los Cabezos de San Pedro y La Esperanza*. Huelva 1977.

el denominado corte M del mismo cabezo<sup>21</sup> y también en la fase I de los sondeos realizados en la parte alta del cerro en 1977<sup>22</sup>. En todos los casos, las cerámicas bruñidas con decoración reticular y las pintadas tipo Carambolo, junto a otras hechas a mano sin ornamentación, predominantemente cazuelas de perfil carenado y boca con ligera moldura al interior, caracterizan esta ocupación antigua del Cabezo, similar, por ejemplo, al estrato IV del Poblado Alto del Carambolo, en Sevilla, y también presente en Setefilla, fase II b, Mesas de Asta y tantos otros yacimientos del Bajo Guadalquivir. Fuera de la zona nuclear tartésica la influencia de ese mismo ambiente se percibe en Extremadura, por ejemplo en la fase I a de Medellín, y también hacia la Alta Andalucía, en sitios como Córdoba, Monachil o el Cerro del Real de Galera, entre otros.

Por la información arqueológica que se posee en este momento para la zona de la actual ciudad de Huelva, parece que este poblamiento inicial se limitó al Cabezo de San Pedro, aunque también pudo extenderse a los más inmediatos, desaparecidos hace algunos años (dos cabezos denominados Molino de Viento y Cementerio Viejo, el primero al sur de San Pedro y separado de él por una vaguada relativamente pronunciada, y el segundo al norte, y prácticamente una prolongación del que nos ocupa)<sup>23</sup>. Todos los sondeos y excavaciones realizados hasta ahora en el Cabezo de la Esperanza han manifestado niveles más modernos de poblamiento, correspondientes a la época de auge de la ciudad, y en ningún otro punto se han localizado restos de hábitat sincrónico. En consecuencia, debe hablarse de un poblado relativamente pequeño, de nueva planta, colocado sobre uno o dos cabezos, y quizá también a sus pies, que sigue un modelo de implantación de marcado carácter estratégico, buscando al mismo tiempo la proximidad al fondeadero de la Ría, con un varadero natural muy apto, y la fácil defensa que le proporciona la elevación natural, seguramente retocada y quizá complementada con algún tipo de obra, como puede ser el resto del muro citado.

## 2. Primeros contactos regulares entre el comercio fenicio y los tartesios

Desde los primeros años del s. VIII a.C. la costa andaluza mediterránea, y seguramente también la del estrecho de Gibraltar y algún punto del golfo de Cádiz, como tal vez sea el caso de la propia ciudad homónima, conocen un nuevo suceso histórico de importancia decisiva para analizar el proceso que sucederá en Huelva: la aparición de las primeras factorías fenicias que a lo largo de la centuria se multiplicarán tanto en número como en importancia. La más antigua de estas instalaciones, por ahora, parece ser Morro de Mezquitilla<sup>24</sup>, probablemente en funcionamiento desde los inicios del siglo y con una larga vida de más de trescientos años. Hacia 750 a.C. se funda Chorreras y un poco después Toscanos, la primera con corta vida, apenas medio siglo, y la segunda más dilatada en el tiempo, hasta mediados del siglo sexto aproximadamente. El resto de los asentamientos corresponde ya al siglo séptimo, en algún caso, como Almuñecar, quizás desde sus primeros años<sup>25</sup>. Estas factorías costeras, a lo largo del litoral granadino y malagueño, constituyen el testimonio más antiguo de la presencia de comerciantes fenicios en la Península ibérica de una manera regular y permanente, lo que, por supuesto, no supone que otros navegantes orientales no hubieren conectado previamente con ella. Tal afirmación necesita, no obstante, ciertas aclaraciones, dada la polémica en que en ocasiones se ve envuelta, sobre todo cuando todavía hay historiadores que continúan manteniendo, sin argumentación científica posible hoy en día, fechas mucho más altas para tal acontecimiento, a partir especialmente de datos proporcionados por las fuentes escritas a propósito de la fundación de Cádiz y otras colonias tirias en Occidente.

21. M. Belén-M. Del Amo-M. Fernández-Miranda, "Secuencia cultural del poblamiento en la actual ciudad de Huelva durante los siglos IX-VI a.C.", en *Primeras Jornadas arqueológicas sobre colonizaciones orientales = Huelva Arqueológica* 6(1982)21ss.

22. J.M. Blázquez *et al.*, *Excavaciones en el Cabezo de San Pedro (Huelva)*. Madrid 1977.

23. M. Belén-M. Fernández-Miranda-J.P. Garrido, *Los orígenes...*, fig. 2 B.

24. H. Schubart, "Morro de Mezquitilla 1976", *Noticiario Arqueológico Hispánico* 6(1979)175ss.

25. Véase la síntesis al respecto de H. Schubart, "Asentamientos fenicios en la costa meridional de la Península ibérica", en *Primeras Jornadas...* = *Huelva Arqueológica* 6(1982)71ss.

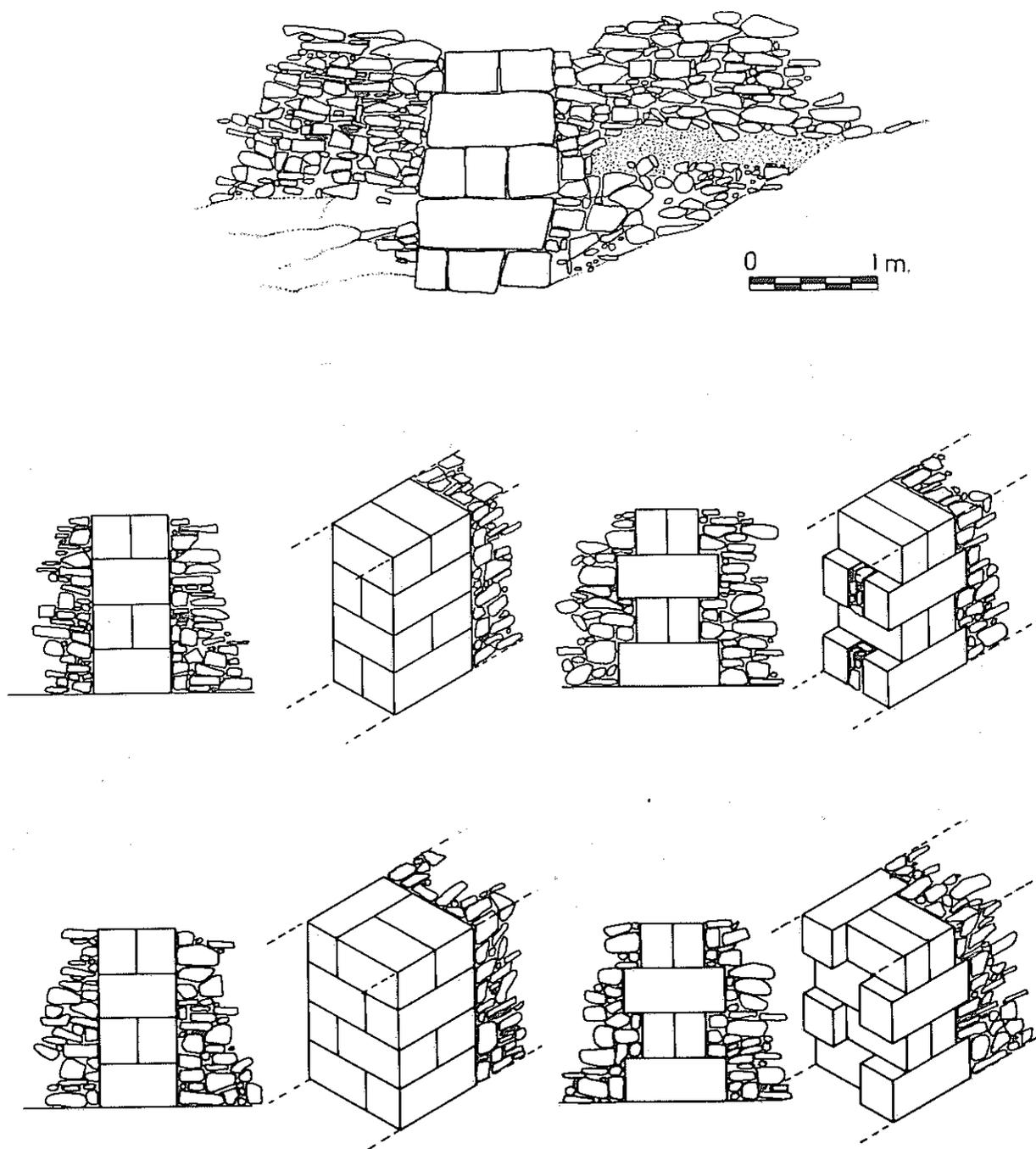


Fig. 6. Paramento de sillares y lajas del Cabezo de San Pedro (arriba) y otros elementos arquitectónicos similares documentados en el Mediterráneo en el último milenio a. C. (sg. Elayi, 1980).

De acuerdo con determinados textos, Cádiz habría sido fundada por navegantes tirios en 1100 a.C.; Útica unos diez años después, y antes que ella, según Plinio, Lixus, ciudad por tanto casi contemporánea de Cádiz, si no es que se trata de una colonia más antigua, de acuerdo con la opinión de Diodoro, para quien la expansión tiria por las costas africanas fue, en general, anterior a la fundación de la ciudad española. En fin, a

finis del s. IX, en torno a 814/813, se fundaría Cartago, también como consecuencia de la misma expansión tiria hacia occidente. Todos estos datos, sobradamente conocidos, se recuerdan aquí a propósito de lo que se plantea a continuación.

Si se revisa, aunque sea brevemente, toda la problemática derivada de la navegación fenicia por el Mediterráneo y las dataciones en que aquélla se registra, se percibe claramente que tales datos cronológicos referidos a Cádiz y al resto de las ciudades, quizás con la excepción de Cartago, resultan imposibles. Son inaceptables incluso si se tienen en cuenta las fechas de las navegaciones por el Mediterráneo oriental. Así, y de forma somera, señalaré que los primeros contactos regulares de los fenicios con la vecina isla de Chipre, de acuerdo con lo que señala la inscripción hallada en Kition, al igual que otros restos arqueológicos procedentes de ese mismo yacimiento o de los de Elisa, Idalion, etc., se producen en el s. IX, después de haberse conformado Tiro como una importante ciudad-estado, lo que no parece suceder antes que termine el reinado de Hiram el Grande (970-936). La presencia en Chipre coincide, por otra parte, con la aparición de elementos fenicios hacia el norte, como son las inscripciones de Zincirli o Karatepe, y también hacia el sur los hallazgos de cerámicas de barniz rojo a fines del s. IX y comienzos del VIII en yacimientos palestinos como Bet Pelet o Regeish, entre otros. Con anterioridad, evidentemente, yacimientos chipriotas, como el de Enkomi, demuestran sus contactos con la zona siriopalestina desde 1200 aproximadamente (BF II), pero en un ambiente marcado por el predominio cultural postmicénico, que es indiscutible hasta 900 a.C. (Geométrico chipriota I). Solo en el período Geométrico chipriota II, o sea en el s. IX a.C., los elementos fenicios empiezan a ser cuantitativamente importantes. En realidad, hasta fines de ese siglo y el siguiente, con casos como Salamis, no se debe hablar con propiedad de colonias fenicias en la isla.

Y similar resulta ser el panorama más a occidente. En Malta tanto el *tophet* de Tas Silg como las tumbas de Melite (Medina Rabat) se sitúan en el s. VIII, la misma datación que se acepta en Cerdeña para el comienzo de la presencia fenicia en Tharros o Sulcis, en el primer yacimiento con un interesante hallazgo de cerámicas micénicas tardías, o chipriotas de tradición micénica, que fechan el primer asentamiento por encima de un nivel-nurágico<sup>26</sup>. Del último tercio del s. VIII es la ocupación más antigua de Mozia. Únicamente la discutida inscripción de Nora podría remontarse al s. IX a.C., datación que, de todos modos, Guzzo Amadasi prefiere situar en el s. VIII a.C.<sup>27</sup>. Incluso la fundación de Cartago a fines del s. IX puede ser discutible, si bien es la fecha a que fuentes literarias y documentos arqueológicos se aproximan más. En conclusión, ni la epigrafía ni los restos arqueológicos parecen apoyar fechas tan altas para la presencia fenicia en Occidente como las que parecen seguirse de los textos literarios. Sólo en Oriente, concretamente en el caso de Chipre, cabe hablar de fenicios asentados en el s. IX a.C.; en el Mediterráneo central y occidental parece claro que tal presencia no se produce hasta el s. VIII a.C., casi con toda seguridad como consecuencia de la fundación de Cartago, sin duda la gran metrópoli colonial de Tiro. Ello, insisto una vez más, no quiere decir que antes de esas fechas no existan navegaciones mediterráneas. A lo largo de toda la edad del Bronce son relativamente frecuentes y probablemente incluso desde el Calcolítico inicial. Desde luego, no cabe duda de los contactos micénicos con Sicilia, Islas Eolias e incluso Cerdeña en el Micénico II B/C y lo mismo cabe decir a propósito de los productos submicénicos, probablemente de origen chipriota, que llegan hasta Cerdeña. Pero a la luz de lo hasta ahora hallado parece claro que en ningún caso tales hallazgos responden a asentamientos estables y seguramente ni siquiera a contactos regulares, excepción hecha probablemente del caso micénico. Sería, sin duda, la fase precolonial ya citada, según definición de Moscati, la que se podría utilizar para explicar esos fenómenos, y dentro de ellos, como uno más, habría que situar los hallazgos ibéricos citados más atrás.

Volviendo al asunto de Cádiz, y sin negar, por supuesto, su importancia como colonia fenicia, quizá incluso la más relevante de toda la costa meridional de la Península ibérica, tan solo señalar que nunca ha aparecido resto alguno en la ciudad que se pueda fechar siquiera en el s. VIII a.C., si bien es cierto que las

26. E. Acquaro, "Tharros IX. Lo scavo del 1982", *Rivista di Studi Fenici*, 9/1(1983)49ss.

27. M.G. Guzzo Amadasi, *Le iscrizioni fenicie e puniche delle colonie in Occidente*. Roma 1967.

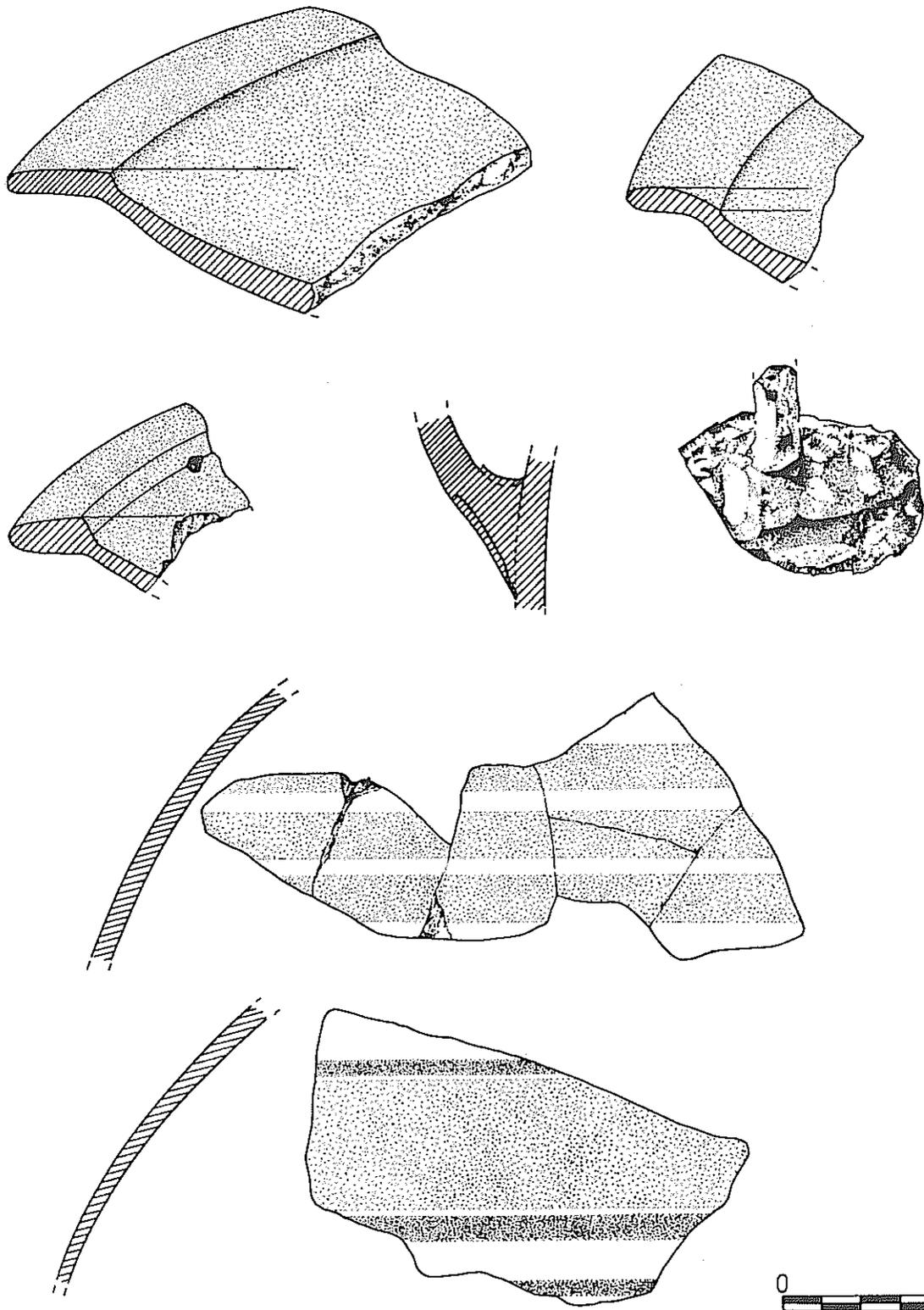


Fig. 7. Platos de barniz rojo, asa de cuatro vástagos y paredes de ánfora con decoración monocroma o bicroma de la fase II.

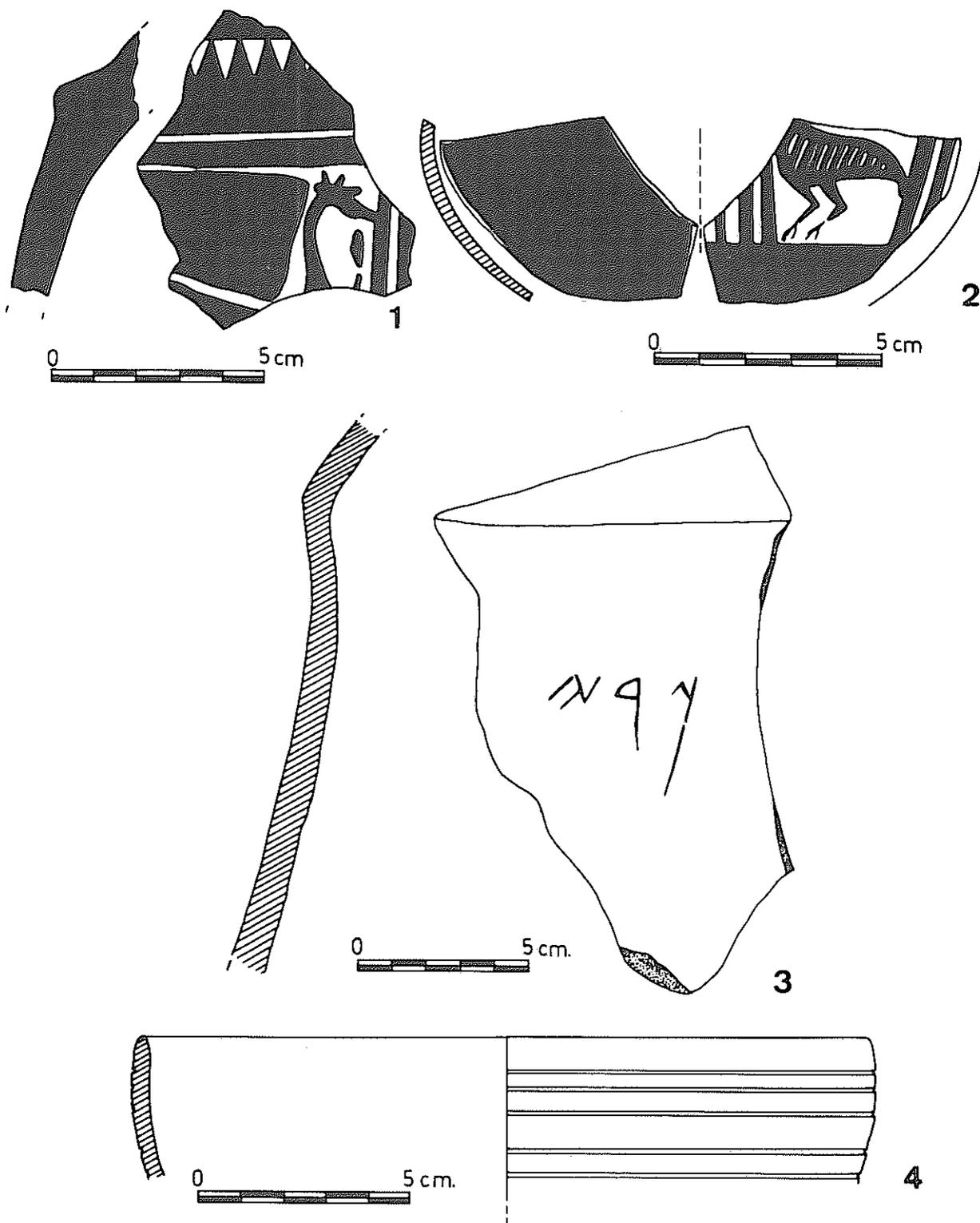


Fig. 8. Fragmentos de kráter o pýxis del periodo geométrico medio III (1), de skyfos geométrico tardío (2), de ánfora con inscripción púnica KRY (3) y de un cuenco procedente de Samaria (4).

circunstancias de su desarrollo urbano no facilitan precisamente la investigación arqueológica, ni tampoco las alteraciones que su línea costera ha experimentado en los últimos dos mil años. Yacimientos próximos, como son los casos de la Torre de Doña Blanca o Mesas de Asta, demuestran que durante el s. VIII los objetos cerámicos fenicios se movían con asiduidad por el golfo de Cádiz, tal y como también se percibe en Huelva. En consecuencia, es verosímil pensar que Cádiz fue también fundación del s. VIII a.C. igual que las colonias comprobadas más al este, pero desde luego nada hay que permita elevar esa fecha y ni siquiera existe objeto material alguno, hallado en un contexto arqueológico fiable, que por el momento la confirme con seguridad.

En efecto, las piezas más antiguas hasta ahora halladas en Cádiz parecen indicar una fecha dentro del s. VII a.C. para el desarrollo colonial de la ciudad. Entre ellas destacaré algunas de las anforillas procedentes de recogidas sistemáticas submarinas en la zona de la Punta del Nao. Lo allí encontrado parece ser un depósito votivo en el que durante muchos años se acumularon ofrendas, sobre todo de productos cerámicos. También de ese sitio, y verosímilmente de la misma época, puede ser el quemaperfumes tripode, claramente egipcizante, que se guarda en el Museo de Cádiz, cuyos puntos de apoyo están constituidos por tres figurillas humanas de rasgos y actitud muy próximos a las que también sirven de pie a la arqueta de la tumba 17 de La Joya, cuya datación en el último tercio del s. VII a.C. parece muy probable.

Otros hallazgos gaditanos confirman esa cronología. Así el conjunto de joyas recientemente encontrado en la zona sepulcral de la playa de Santa María del Mar, quizá procedentes de una sola sepultura, o el llamado "sacerdote" de Cádiz, conservado en el Museo Arqueológico Nacional, aunque algunos autores, como por ejemplo Harden, lo hayan fechado con posterioridad. En fin, las tres figuras de bronce casualmente halladas hace pocos meses en las inmediaciones de la ciudad, podrían en alguno de los casos elevar algo más las fechas de Cádiz. Una de ellas representa sin duda a Reshef, otra, tocada con *lébade* osiriaca, es paralelizable con los personajes que sostienen el *thymiatérion* citado, y la tercera aparece barbada al estilo asirio. Quizá su estudio permita datarlas en fechas más altas a la hasta ahora comprobadas para la ciudad, o tal vez pueda interpretarse alguna de ellas como muestra del fenómeno de precolonización ya comentado más arriba. En cualquier caso no debe olvidarse que se trata de tipos iconográficos de larga pervivencia y, en consecuencia, difíciles de utilizar con precisión en estimaciones de esa índole<sup>28</sup>.

Para la ciudad de Huelva, y en general para todo el territorio tartessio, desde el Guadiana al Bajo Guadalquivir, la aparición de esas colonias significa el comienzo de la transformación de la cultura indígena, autóctona y bastante encerrada en sí misma, al margen de los contactos ya señalados, merced a un proceso de aculturación que en un primer momento ocupa prácticamente el s. VIII a.C., es decir la segunda fase de la periodización propuesta, y después continúa desarrollándose imparable, provocando la *orientalización* del mundo tartésico y su presencia activa en el ámbito comercial mediterráneo.

Esta fase se identifica en Huelva por el comienzo de las importaciones de cerámicas hechas a torno, que se convierten ahora en el fósil guía característico. Así, el nivel XI del corte M del Cabezo de San Pedro, con un ejemplar de plato de barniz rojo que presenta una arandela de en torno a los 20 mm de anchura, podría corresponder a este momento, en torno a mediados de siglo, con lo que el nivel XII, muy pobre en sus resultados, y la parte más alta del XIII, o XIII a, que contienen las primeras producciones a torno, se fecharían en la primera mitad del s. VIII. El último tercio de ese siglo se documenta en el nivel X, que de acuerdo con las fechas del horizonte IV de Toscanos en su momento antiguo, con platos de arandela de en torno a los 27/30 mm de anchura, tiene una datación hacia 700 a.C.

Pero quizá lo más sorprendente de este momento, entre otras cosas por la ayuda que significa para el establecimiento de la seriación cronológica propuesta, sea la aparición de importaciones de filiación griega, en concreto un fragmento de kráter o pýxis datable, a mi juicio, en el Geométrico medio III<sup>29</sup>, aunque otros

28. Para Cádiz, con carácter general pero con relación de descubrimientos recientes y nuevas e interesantes hipótesis entorno a la ciudad fenicia, véase R. Corzo, "Cádiz y la arqueología fenicia", *Anales de la Real Academia de Bellas Artes de Cádiz* 1(1983)5ss.

29. Para la discusión sobre esta pieza, véase M. Fernández-Miranda, *Archivo Español de Arqueología* 52(1979)55ss.

autores se inclinen por rebajar ligeramente su fecha, situándola dentro del Geométrico reciente I, o sea en el segundo tercio del siglo octavo<sup>30</sup>. Se trata del testimonio más antiguo de origen griego hallado en la Península ibérica, si bien su aparición en Huelva debe ponerse en conexión con el comercio fenicio y no con el griego propiamente dicho, al igual que ocurre, por ejemplo, en Toscanos o en Cartago a lo largo de los siglos VIII y VII, pues parece fuera de toda duda el control en ese tiempo por parte de los fenicios de las rutas comerciales en que tales piezas aparecen. Evidentemente ello no quiere decir que esas exportaciones áticas no respondieran, en un principio, a las relaciones entre griegos y fenicios en el Mediterráneo oriental. Los hallazgos de cerámicas geométricas en la primera mitad del s. VIII en yacimientos como Hama, Samaria o Salamina<sup>31</sup> son prueba de ese intercambio y quizá la explicación de que luego aparezcan comercializadas hacia Occidente por los propios fenicios.

Una explicación similar puede servir para el fragmento de skýphos geométrico tardío aparecido, desgraciadamente también fuera de contexto arqueológico, en las recientes excavaciones practicadas en un solar de la calle del Puerto<sup>32</sup>. Su datación dentro del último tercio del s. VIII a.C. confirma la presencia de artículos griegos de lujo desde los momentos iniciales de las relaciones comerciales de los tartessios con Oriente. E idéntico sentido, aunque esta vez la filiación sea bien distinta, tienen los fragmentos procedentes de Samaria identificados también en varios puntos de la ciudad de Huelva<sup>33</sup>. Aunque su datación resulta menos precisa, sin duda deben colocarse a lo largo de la segunda mitad del s. VIII a.C. No deja de resultar atractiva la presencia en Huelva de estas piezas, venidas de un punto donde se registra, asimismo, frecuencia de comercio de producciones geométricas áticas. En todo caso, entre cientos de recipientes cerámicos tipos barniz rojo o decorados a bandas, o de ánforas con productos orientales de tipología claramente fenicia, es obvio que unos recipientes griegos aislados no pueden servir para probar en ese momento la existencia de una vía comercial griega con Tartessos, salvo que se trate de un contacto casual y esporádico.

Este intenso intercambio comercial con Oriente parece desprenderse también del fragmento de ánfora con un grafito fenicio hallado casualmente en el Cabezo de la Esperanza<sup>34</sup>. Su transcripción es *KRY*, probablemente traducible por la palabra griega *Karia*, lo que equivaldría a pensar que un producto originario de aquel territorio, quizá vino, dado el tipo de envase y el punto de partida de la mercancía, fue transportado hacia Occidente por un fenicio que marcó en su idioma la procedencia sobre el ánfora. La inscripción puede ser del s. VIII a.C., o a caballo entre él y el siguiente. Probablemente esté indicando el paso entre la fase II y III de la periodización, es decir el cambio entre los primeros años de contactos y la aparición de un producto superfluo, consecuencia de la demanda creciente de esa clase de artículos por parte de una sociedad, la tartéssica, que se enriquecía y aculturaba a buena velocidad.

Esa transformación de la ciudad de Huelva queda igualmente patente sobre el terreno, al analizar la implantación que corresponde al núcleo habitado en este segundo momento, a lo largo del s. VIII a.C. Algunos hallazgos en la zona del Cabezo de la Esperanza, en particular ciertos platos de barniz rojo, permiten suponer que en torno a los años centrales del siglo la población había aumentado notablemente, pasando de su primitivo emplazamiento sobre el Cabezo de San Pedro a ocupar el resto de las elevaciones e incluso la zona baja entre ellas, a orilla de las aguas: el fragmento geométrico ya aludido apareció en la Calle Palos, al pie del Cabezo de la Esperanza, justo bajo una factoría de salazón de pescado de época romana, lo que prueba que tal

30. P. Rouillard, "Fragmentos griegos de estilo geométrico y corintio medio en Huelva", Apéndice a M. Belén-M. Fernández-Miranda-J.P. Garrido, *Los orígenes...*, pp. 395ss. Del mismo autor: "Les céramiques peintes de la Grèce de l'Est et leurs imitations dans la Péninsule ibérique. Recherches préliminaires", en *Les céramiques de la Grèce de l'Est et leur diffusion en Occident*. Napoli 1978, pp. 274ss.

31. J.N. Coldstream, *Greek Geometric Pottery*. London 1968.

32. J. Fernández Jurado, *La presencia griega arcaica en Huelva*. Huelva, 1984, pp. 34-35 y fig. 12.

33. J. Fernández Jurado, *La presencia...*, p.41.

34. J. Ferron-M. Fernández-Miranda-J.P. Garrido, "Inscripción fenicia procedente del Cabezo de La Esperanza", *Trabajos de Prehistoria* 32(1975)198ss.

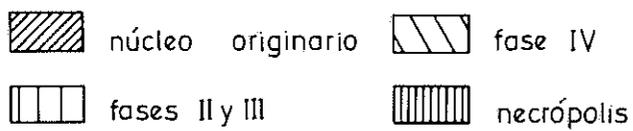
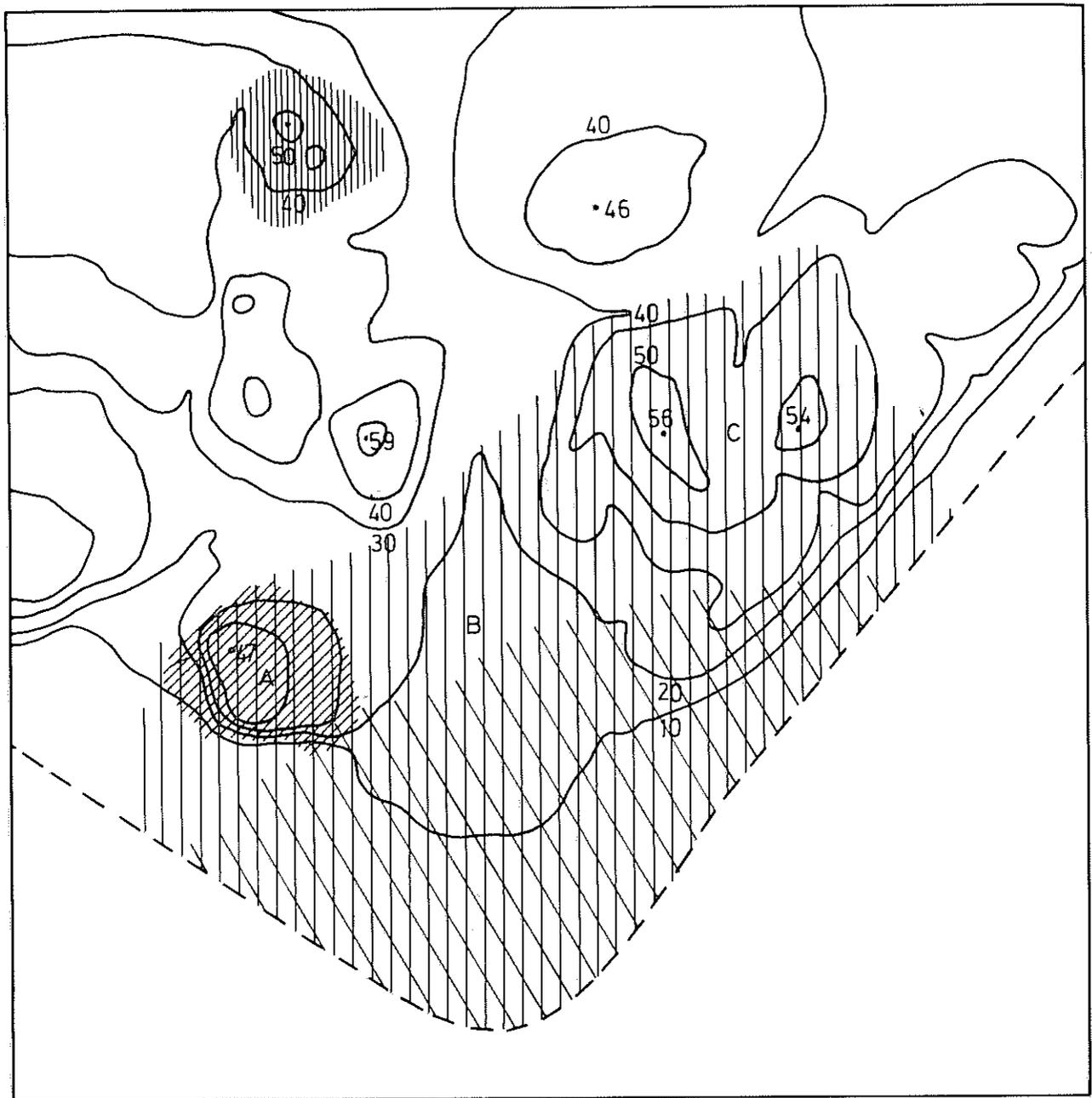


Fig. 9. Los Cabezos de Huelva y la posible evolución del poblamiento en la ciudad durante época tartésica (A: San Pedro; B: cabezos desaparecidos; C: La Esperanza).

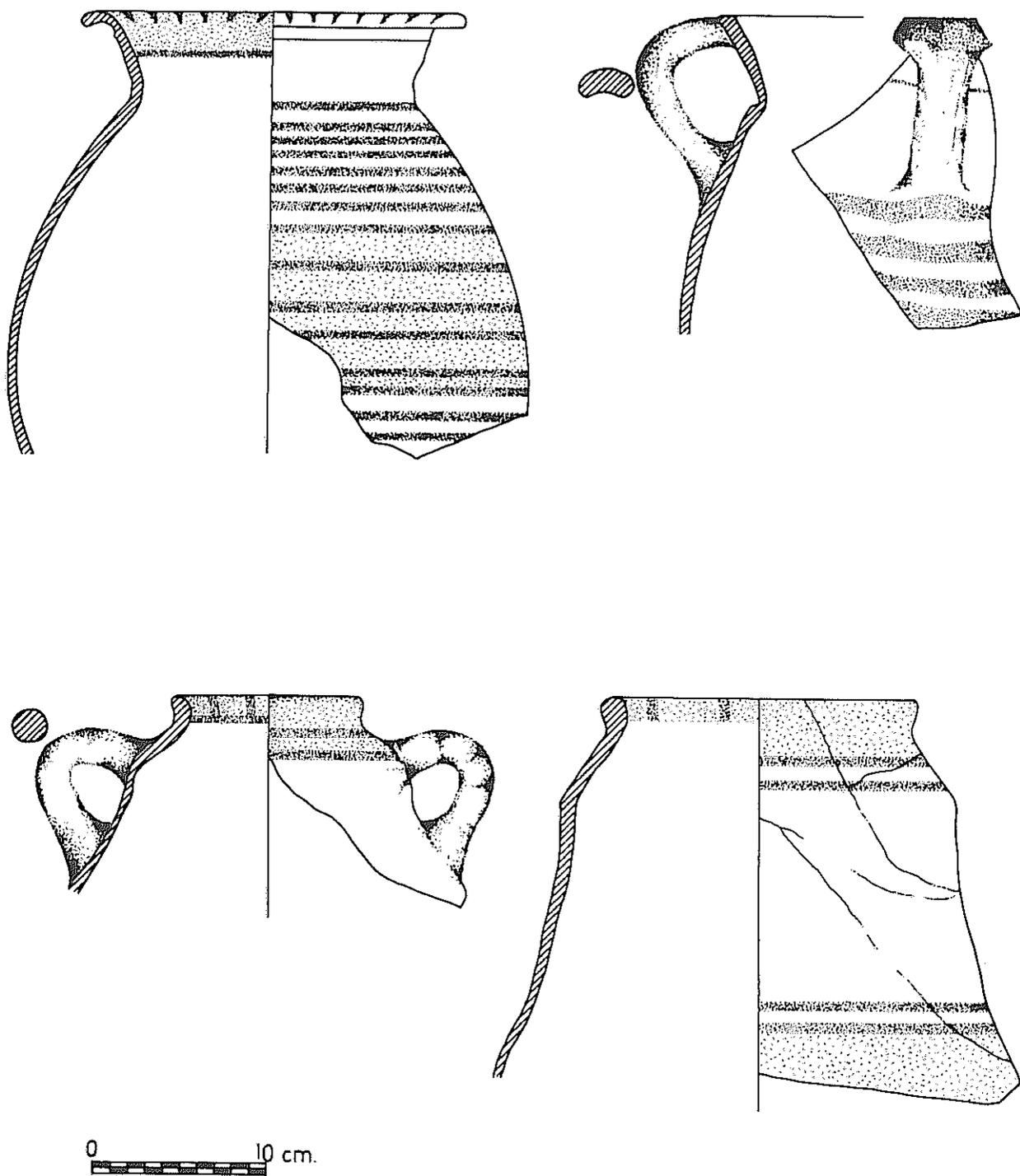


Fig. 10. Anforas y otros recipientes de transporte de la fase III con decoración pintada.

lugar se encontraba en las inmediaciones de la línea de pleamar. Ello significa que la ciudad, en la segunda mitad del s. VIII y seguramente también a lo largo de toda la fase siguiente, llegó a tener una extensión de por lo menos 200.000 m<sup>2</sup>, lo que representa un tamaño considerable para ese momento. Toscanos, que pasa por ser la factoría fenicia de mayores dimensiones entre las conocidas, debió ocupar un máximo de 6.000 m<sup>2</sup>, aunque tal vez mejor organizados, a juzgar por los restos hallados, que en el caso de Huelva, donde la propia topografía sin duda condicionó en exceso el modelo de asentamiento.

Las alteraciones que ha sufrido la ciudad, junto a las dificultades que la investigación arqueológica soporta, al encontrarse el yacimiento casi siempre bajo las actuales construcciones o en puntos de difícil trabajo, dada las características geomorfológicas de los cabezos, que se desmoronan con facilidad, no han permitido hasta ahora recuperar alguna estructura urbana de esta fase, ni tampoco de la siguiente, limitándose los restos constructivos, excepción hecha del muro ya señalado en lo alto del Cabezo de San Pedro, a algunos fragmentos de muros que parecen tender siempre a disposiciones rectilíneas<sup>35</sup> y a un modelo de edificación que combina la cimentación en piedra con paredes de adobe de forma normalmente rectangular, según se demuestra por los recogidos en los niveles XIII, XII y XI de la excavación a que hace referencia la nota anterior. Asimismo en el Cabezo de la Esperanza se pudieron documentar, aunque muy perdidos, los restos de algún muro de similar tendencia<sup>36</sup>. Estos indicios parecen suficientes para suponer que en Huelva se adoptó a partir del s. VIII un tipo de construcción de planta cuadrada o rectangular, el mismo que aparece en las factorías fenicias ya aludidas y también el que se documenta en los poblados del Bajo Guadalquivir, como los ya repetidamente citados de El Carambolo y Setefilla o el de Cerro Macareno. Estos edificios de planta rectangular, cuyo origen mediterráneo parece indiscutible en el caso de los poblados tartésicos, sustituyen a las cabañas circulares características del Bronce Final en toda Andalucía occidental. Es otra de las pruebas evidentes de la transformación que se lleva a cabo en la cultura tartésica.

Todo parece indicar que, en el caso de Huelva, el s. VIII significa un importante despegue respecto del resto de los núcleos tartésicos, al menos de los situados a occidente de Cádiz. En Huelva se forma una ciudad importante que se convierte en un activo centro fundidor y distribuidor de minerales, lo que contribuye a su enriquecimiento y progreso, probablemente a causa de su puerto y en detrimento de otras poblaciones próximas. Es incluso posible que ese poderío que la ciudad conoce sea la causa real que impulsó a los fenicios a construir Cádiz a prudente distancia de Huelva, tras algún intento fallido de establecerse más al este, achacado en las fuentes antiguas a los malos augurios. El equilibrio Cádiz-Huelva, la una colonia importante y la otra ciudad relevante de los tartésicos que comercia con el mundo fenicio a través de la primera, puede explicar la dinámica económica de la costa andaluza a occidente del estrecho, tanto en este periodo como en el siguiente.

### 3. *Auge de la cultura tartésica y orientalización.*

La fase anterior conduce, en la línea evolutiva señalada, a la progresiva aculturación del mundo tartésico como consecuencia de la intensificación de sus relaciones con las colonias fenicias instaladas en la propia Península y, sin duda, con sus metrópolis del Mediterráneo oriental. Cádiz debió jugar un papel decisivo en esta etapa, que se inicia a caballo entre los siglos VIII/VII a.C. y tendrá su culminación en el último tercio del séptimo y en los primeros años del s. VI a.C. Es la época de auge de la ciudad de Huelva y también seguramente de los restantes núcleos de población tartésicos de la Baja Andalucía y coincide, lógicamente, con el esplendor de factorías como Toscanos o Morro de Mezquitilla. En ese momento se fecha la necrópolis de Cerro del Mar, frente a Toscanos, al otro lado del río de Vélez, o la de Almuñécar, cuya riqueza de ajuares es sobradamente conocida. Aparecen nuevos asentamientos, como los de Guadalhorce o Guadarranque, y quizá también, más a oriente, el de Adra. En particular la zona entre Toscanos y Morro de Mezquitilla conoció una etapa de intensa actividad colonial, con una concentración sorprendente de yacimientos en muy pocos

35. M. Belén-M. Fernández-Miranda-J.P. Garrido, *Los orígenes...*, fig. 5, por ejemplo.

36. M. Belén-M. Fernández-Miranda-J.P. Garrido, *Los orígenes...*, lám. X.

kilómetros, que da buena idea de la importancia que cobraron los asentamientos fenicios en la región. Al igual que ocurre en otros puntos del Mediterráneo, Tharros, Mozia, Malta, Salamis y hasta la propia Cartago, el s. VII significa en Andalucía la máxima pujanza del comercio fenicio. Y ello, lógicamente, repercute en el desarrollo de Tartessos y, en consecuencia, en el de la ciudad de Huelva. Tal actividad, por otro lado, se deja sentir igualmente hacia el interior de Andalucía, como lo demuestra la creciente importancia de los asentamientos mineros situados muy lejos de la costa, como, por ejemplo, el de Cástulo, o el incremento que se registra en casi todos los poblados de la presencia de ánforas de tipología fenicia, sin duda consecuencia de un comercio muy activo. Estas influencias salen del mundo andaluz y se extienden por Extremadura, área sobre la que sin duda Huelva y los restantes núcleos tartésicos occidentales debieron tener gran peso, por Castilla occidental, siguiendo la vía comercial luego denominada de la Plata, y también a lo largo de todo el Levante peninsular e incluso hasta Cataluña<sup>37</sup>. Hacia la Meseta llegan no sólo cerámicas que imitan el barniz rojo, sino también objetos metálicos exóticos. La orientalización de Andalucía, en particular de su zona costera, pero también en grado notable la del interior y, a su través, de otras áreas peninsulares como Extremadura, parece un hecho incontestable.

En la ciudad de Huelva la mejor documentación de la importancia que el s. VII representa, se cifra en las ricas cerámicas pintadas que aparecen en sus cabezos, en particular en el de La Esperanza y, sobre todo, en la necrópolis de La Joya, que por sus fechas, en el último tercio de ese siglo y primeros veinte o treinta años del siguiente, parece señalar el *floruit* de la economía local.

La evolución de las producciones cerámicas es una prueba clara de la transformación que se opera en la ciudad en ese momento. Ya quedó claro que uno de los elementos definidores de los nuevos tiempos, registrado desde la fase anterior, es la introducción del torno de alfarero y el progresivo aumento del número de cerámicas con él modeladas, tras un periodo inicial de importaciones difíciles de distinguir, por ahora, en la mayoría de los casos. En el ya citado corte M del Cabezo de San Pedro el nivel X, que aproximadamente debe fecharse, de acuerdo con la revisión que ahora se propone, en torno al 700 a.C., casi un 70 % de las cerámicas están ya hechas a torno, y ese cambio se ha registrado en poco más de un siglo, pues sobre el 800 a.C. todos los productos cerámicos de Huelva se modelaban a mano. Las cerámicas con decoración bruñida no llegan, en el nivel citado, al 10 % del total, mientras que en el nivel XIII sobrepasaban el 35 %; el barniz rojo, prueba evidente de la adopción de un modelo de vajilla típicamente fenicia, alcanza el 15 %, en su punto más importante, y la cerámica común a torno se muestra con valores similares, aunque lógicamente continua ascendiendo después. También significativos son los valores para las cerámicas pintadas, que en un principio son producciones importadas, pero que rápidamente se imitan en los talleres locales: en el nivel X suponen más del 35 % del total de los fragmentos registrados<sup>38</sup>. Aún sin cuantificar, estos aumentos en la producción de cerámicas a torno en ese momento también parecen reflejarse en otros sondeos realizados en el mismo cabezo<sup>39</sup>.

Por lo que respecta al Cabezo de la Esperanza, existen asimismo abundantes pruebas de su ocupación a lo largo del s. VII a.C., como lo es, por ejemplo, la presencia de platos de barniz rojo con arandelas de en torno a los 40 mm de anchura, fechables hacia el último cuarto de ese siglo, e incluso algunos aún mayores, de hasta 60 mm, que parecen datarse ya en los primeros años del s. VI. Por el contrario, otros platos con arandelas de aproximadamente 30 mm de anchura hallados en ese mismo lugar testimonian su ocupación en la primera mitad del s. VII, confirmando lo que ya quedaba reseñado en la fase anterior con algunos ejemplos, ciertamente escasos en número. Pero lo que destaca sobre todo en La Esperanza es la riqueza y abundancia de las cerámicas decoradas con motivos pintados a bandas, en muchos casos grandes recipientes de transporte tipo ánfora o jarras de buen tamaño, y la colección de platos y cuencos de cerámica gris, seguramente la vajilla

37. Véase, por ejemplo, O. Arteaga, "Los Saladares-80", *Primeras Jornadas...* = *Huelva Arqueológica* 6(1982)131ss.

38. M. Belén-M. Fernández-Miranda-J.P. Garrido, *Los orígenes...*, pp. 183ss.

39. J.M. Blázquez *et al.*, *Excavaciones...*, pp. 166ss.

habitual en ese momento de la población tartésica, en competencia con los modelos importados o imitados de tradición fenicia hechos en barniz rojo, y sin olvidar la existencia todavía de cerámicas a mano, en algunos casos muy groseras. Estas últimas se presentan normalmente con decoración digital sobre los lomos y las paredes<sup>40</sup> y parecen corresponder a usos de cocina, a juzgar por las adherencias de hollín y cenizas con que habitualmente se recubren sus superficies exteriores.

Las ánforas con paredes decoradas de La Esperanza reproducen en algunos casos la forma habitual del tipo de recipiente con hombro indicado y cuerpo de saco, en ocasiones son recipientes globulares con cuello estrechado, a veces provisto de baquetones, y boca exvasada, y otras veces son simples contenedores esféricos con la boca abocinada<sup>41</sup>. Normalmente van provistas de asas de sección circular, oval o geminada que arrancan del borde o, en los casos de las ánforas llamadas de *saco*, del hombro<sup>42</sup>. No es raro que se decoren en la boca, al interior y al exterior, pero lo más característico son las bandas horizontales que ocupan las paredes externas, pocas veces monocromas en tono rojo y corrientemente bicromas, a base de combinar tonos marrones y negros o rojos y negros. Tanto las formas como los motivos decorativos son frecuentes en los yacimientos fenicios y púnicos de todo el Mediterráneo y, desde luego, con variaciones cuantitativas en su registro aparecen en todos los poblados tartésicos de la Baja Andalucía. Sin embargo en Huelva su calidad y cantidad superan a las de las factorías fenicias peninsulares y también a las de otros yacimientos similares del resto del Mediterráneo. La tendencia a decorar el lomo y la cara interna del borde también parecen ser características costumbres de Huelva, normalmente a base de goterones o trazos negros sobre una banda roja continua. Se trata de un modelo decorativo, tanto éste del borde como el de las paredes, que luego continúa en las más antiguas producciones turdetanas y que aparece frecuentemente sobre las urnas de más vieja cronología de esa cultura, a partir de la segunda mitad del s. VI<sup>43</sup>. En Huelva comienza a aparecer en los niveles del s. VIII, hasta el punto de convertirse en uno de los elementos materiales característicos de esa época.

La otra gran producción cerámica de la Huelva tartésica en este momento, aunque con claros precedentes asimismo en la fase anterior, son los platos y cuencos realizados en pasta de color gris<sup>44</sup>, técnica en la que también se fabrican otras formas en número más reducido, como jarras, páteras imitando modelos hechos en barniz rojo, ollas de perfil en S... Aunque se trata de un conjunto de producciones que está representado en todos los yacimientos tartésicos, es en Huelva donde parece que se desarrolla más, al menos desde un punto de vista cuantitativo, pues son muchos los centenares de fragmentos que se han recogido en las distintas excavaciones hechas en la ciudad, en particular en el Cabezo de La Esperanza.

La mayor parte de los recipientes hechos en pasta y superficies de color gris responden a formas muy sencillas, que imitan los platos de barniz rojo o que reproducen cuencos y cazuelas carenadas, sin duda reflejo de las cerámicas a mano propias del Bronce Final, ahora realizadas en torno pero buscando un aspecto externo similar. Resulta curioso, a este respecto, señalar que en un número muy elevado de casos, cuando se modelan formas sencillas de cuencos o cazuelas en la tradición local indicada, tanto la preparación de la pasta como el acabado de las superficies y la cocción se cuidan mucho, mientras que en las imitaciones de los platos con arandela tipo barniz rojo es frecuente que la pasta sea grosera y la cocción irregular, obteniéndose ejemplares con las superficies rugosas y variedad de tonos marrones e incluso rojizos. Aunque su vida sea larga es un tipo de cerámica que, a juzgar por la densidad de hallazgos registrada en el Cabezo de La Esperanza, debió producirse en Huelva con gran abundancia a lo largo del s. VII a.C. y en los años inmediatamente anteriores y

40. Véase, por ejemplo, M. Belén-M. Fernández-Miranda-J.P. Garrido, *Los orígenes...*, figs. 126 o 155, entre otras.

41. Véase, por ejemplo, M. Belén-M. Fernández-Miranda-J.P. Garrido, *Los orígenes...*, fig. 167.

42. M. Belén-M. Fernández-Miranda-J.P. Garrido, *Los orígenes...*, fig. 161.

43. Véase, por ejemplo, J. Pereira, "La cerámica ibérica procedente de Toya (Peal de Becerro, Jaén) en el Museo Arqueológico Nacional", *Trabajos de Prehistoria*, 36(1979)289ss.

44. M. Belén, "Estudio y tipología de la cerámica gris en la provincia de Huelva", *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos* 79/2(1976)353ss., y también M. Belén-M. Fernández-Miranda-J.P. Garrido, *Los orígenes...* 314ss.

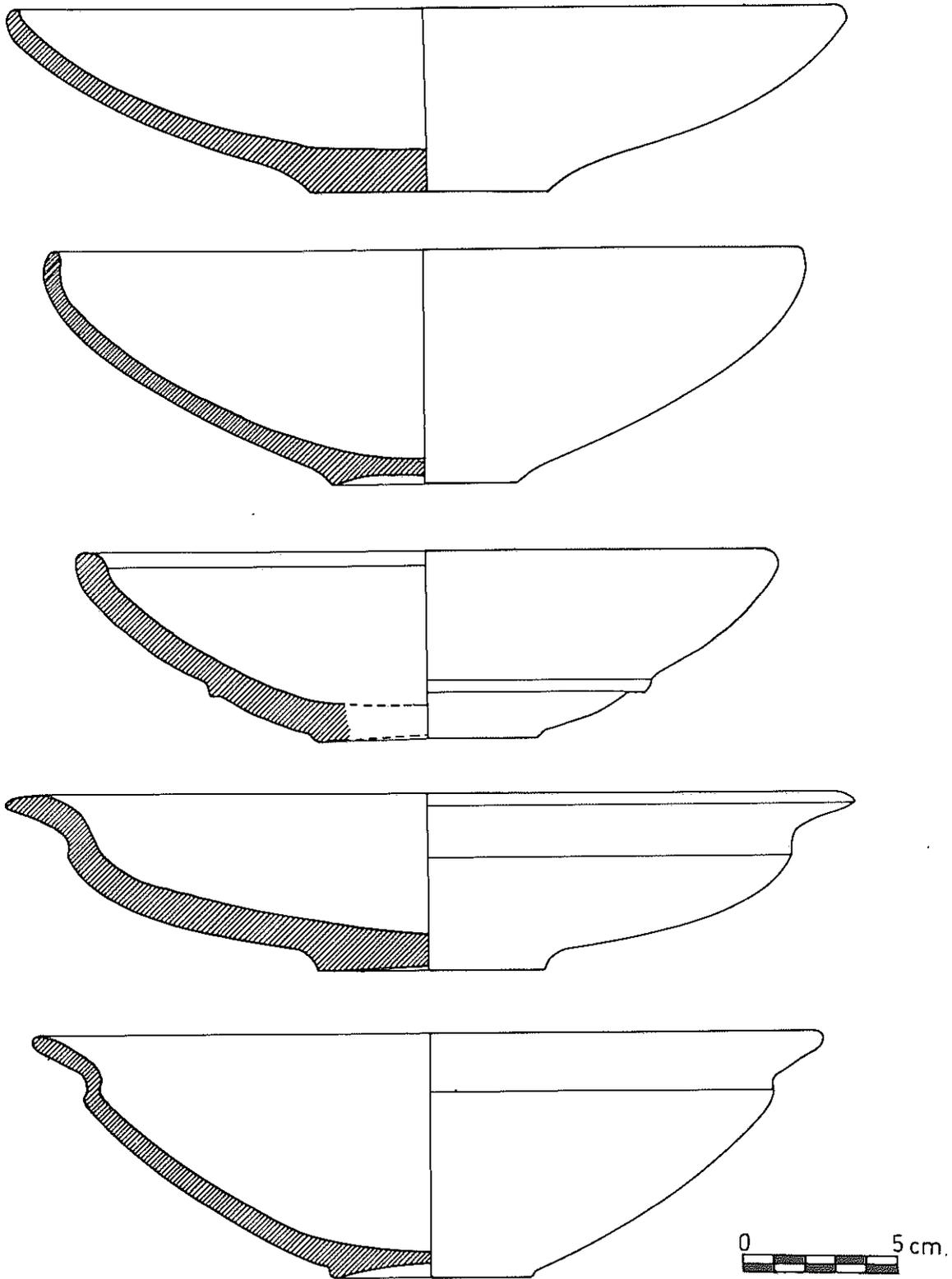


Fig. 11. Platos de cerámica de color gris de la fase III.

posteriores. Su también abundante localización en el Cabezo de San Pedro en esas mismas fechas avala tal hipótesis, mientras que en los estratos del s. IV y posteriores desaparece prácticamente.

A propósito de lo que antes decía sobre el *Hinterland* tartésico, y en la línea de las consideraciones hechas sobre la evolución de las producciones cerámicas en Huelva, en particular los porcentajes mano/torno, así como la aparición de los productos de importación y su posterior imitación, no deja de ser sorprendente el estudio comparativo que resulta de relacionar tal evolución con la que Almagro-Gorbea documentó en su yacimiento de Medellín<sup>45</sup>. Ambos procesos, con las naturales diferencias lógicas pues se trata de asentamientos claramente distintos y significativamente distantes, se aproximan de manera harto elocuente, hasta el punto que el aumento porcentual de la cerámica a torno respecto de la hecha a mano presenta en Medellín valores muy similares en fases sincrónicas a los registrados en Huelva. Hasta tal extremo resulta contrastable la influencia transformadora de la cultura tartésica en sentido estricto sobre las tierras próximas, aunque estas participen ya de una dinámica histórica y, sobre todo, económica claramente diferenciada. Dentro de las dificultades que su estudio comporta, dada la excavación que en su día se realizó en el sitio, el yacimiento de El Carambolo parece confirmar el proceso señalado, que seguramente se podrá constatar también en otros puntos del Bajo Guadalquivir. La homogeneidad cultural a que más atrás me refería a la hora de hablar de la cultura tartésica en su horizonte formativo parece que, al menos en determinados aspectos, se mantiene incluso en un momento en que la presión cultural exterior debió ser notable. O, si se prefiere, la reacción a esas influencias, por supuesto dentro de un proceso cultural de asimilación indiscutible, fue bastante similar en todo el territorio tartésico, por lo menos hasta el momento de máximo esplendor de tal cultura, que, como ya he dicho, debe situarse en torno al último cuarto del s. VII a.C. y las dos o tres primeras décadas del siguiente.

Volviendo a las cuestiones concretas de Huelva, también para esta fase hay que hacer mención de la presencia de algunos productos de filiación griega. Destaca el oinochóe rodio de la tumba n.º 5 de La Joya<sup>46</sup>, quizá la única pieza griega que con seguridad se puede datar dentro del s. VII a.C., y sin duda en sus años finales, de las encontradas hasta ahora. De todos modos, y de acuerdo con el criterio de que esta tercera fase de la cultura tartésica ocupa también los primeros años del s. VI a.C., son varias más las piezas que deben tenerse en consideración, como es el caso de los dos fragmentos de ánforas de Chios hallados en el solar n.º 9 de la calle del Puerto, fechables a caballo entre esos dos siglos, el arýballos corintio de la Ría de Huelva<sup>47</sup>, datado en el primer cuarto del s. VI, y, con esta misma fecha, los fragmentos del estilo de los komastas, un fragmento de ánfora corintia tipo A y, sobre todo, el casco corintio hallado en el fondo de la Ría de Huelva. Parece como si, de manera progresiva, sobre todo entrado ya el s. VI a.C., los productos griegos hubiesen empezado a ser objeto de atención por parte de la población tartésica de Huelva. Ciertamente la afición a tales manufacturas es corriente a lo largo de todo el s. VII entre los fenicios en todas sus colonias. La propia Cartago presenta una abundante muestra de ellas y lo mismo se puede decir de las factorías andaluzas, donde las cerámicas griegas se documentan, por ejemplo, en Toscanos, Guadalhorce, necrópolis antigua de Almuñécar... El casco de Jerez, fechable entre 630-625 a.C.<sup>48</sup>, confirma la presencia de productos corintios, y de otros lugares de Grecia, a partir del último tercio del s. VII en el Mediterráneo occidental, proceso que continua, como se verá, en el siglo siguiente. Por ello dejo su valoración para más adelante, a fin de evitar repeticiones innecesarias.

La necrópolis de La Joya es el último y excepcional documento que ilustra sobre esta fase de la cultura tartésica en Huelva. Parece estar en uso desde los años centrales del s. VII hasta quizá el primer tercio del

45. M. Fernández-Miranda, *VI Congreso...* (supra n. 1).

46. J.P. Garrido, *Excavaciones en la necrópolis de La Joya (Huelva). 1ª y 2ª campañas*. Madrid 1970, pp. 23ss., figs., 12 a 16 y láms. XIII a XV.

47. P. Rouillard, "Fragmentos griegos...", p. 400.

48. A. García y Bellido, *Hispania Graeca*, I. Barcelona 1948, p. 82.

siguiente<sup>49</sup>. No cabe duda que sus ajuares, en especial los de ciertas tumbas como las n.º 5, 14, 16 ó 17, plasman a la perfección lo que es la sociedad tartésica económicamente enriquecida y culturalmente orientalizada. Una sociedad que, en sus grupos dominantes, ha sido capaz de poner en funcionamiento una serie de talleres artesanos que imitan y recrean modelos en marfil, bronce y distintos metales preciosos originarios del Mediterráneo oriental, al estilo que se registra en Chipre o en las ciudades de la costa sirio-palestina. Con el comercio de minerales y metales los tartésios enriquecidos adquieren productos de lujo o importan objetos exóticos que luego reproducen. Controlan el comercio local, de la misma manera que los fenicios dirigen el exterior, y ello les lleva a intensificar de manera espectacular la explotación de las minas y la fundición de metales, en particular plata y cobre, sin olvidar, por supuesto, los recursos ganaderos que mitificaron. Y es precisamente en La Joya, al igual que lo prueban otros tesoros hallados en Andalucía occidental, donde se percibe materialmente la importancia económica y social de la clase dirigente que allí se enterró, así como una buena parte de la transformación cultural que experimentó.

Las necrópolis tartésicas a lo largo del s. VII parecen caracterizarse por practicar el rito de incineración, tipo Cruz del Negro, en Carmona, con ajuares relativamente homogéneos, que sólo en algunos casos presentan objetos de lujo, a la vez que se enterraban en túmulos de buenas dimensiones, como por ejemplo el de Alcantarilla. Poco a poco los enterramientos se van diversificando, lo que da lugar a la aparición de tumbas concebidas con gran ostentación, aunque mantengan las tradiciones indígenas señaladas: es el caso, por ejemplo, de los túmulos de Setefilla, donde, sin embargo, la aculturación se deja sentir en la construcción de una cámara funeraria a base de mampostería ya en pleno s. VI, si no es en sus años finales<sup>50</sup>. Es el mismo proceso del túmulo G de El Acebuchal, fechable en la primera mitad del s. VI. Es decir, la fosa de incineración cubierta por un túmulo, que, a lo largo del s. VII, parece ser el sistema habitual de enterramiento entre los tartésios, se convierte en una cámara, aunque de estructura arquitectónica bastante grosera, cubierta por un túmulo donde, en el caso de Setefilla, se inhumaba. Resulta evidente que las cámaras funerarias fenicias de la costa malagueña han influido en estas gentes, haciéndoles modificar parcialmente la forma tradicional de enterrar a sus muertos, al menos a los muertos más importantes de cada comunidad.

Pero en La Joya las tradiciones todavía parecen pesar menos. No solamente en algunos casos aparecen inhumaciones, aunque es ésta una cuestión que exige todavía explicaciones más concretas y convincentes que las dadas hasta ahora, sino que parece haberse olvidado el túmulo, presente sin embargo en otras zonas funerarias próximas, que se sustituye por las cámaras excavadas en el suelo en forma rectangular o cuadrada, copia fidedigna de las fenicias, aunque sin la obra de cantería que suele acompañar a estas últimas. Esta fórmula de La Joya, que pervive después en las necrópolis ibéricas en casos de enterramientos relevantes, no tiene por el momento paralelo alguno en otros cementerios tartésicos, y menos en el s. VII a.C. La cámara de mampostería del túmulo B de Setefilla es su recuerdo, años más tarde, pero, como ya he dicho, sin abandonar la superestructura tumular. Todo parece indicar que la población que se enterró en La Joya, además de ser seguramente más rica, aceptó antes y con mayor intensidad las modas funerarias de raigambre fenicia.

Los ajuares también parecen demostrar la enorme riqueza que debieron acumular ciertos tartésios de Huelva. Preciados recipientes metálicos, piezas de marfil, oro y plata, vajillas cerámicas completas y hasta un carro, a imitación material y ritual de lo que ocurre en la necrópolis de Salamis, en Chipre, se depositan en las tumbas dentro de un complejo ceremonial en torno, habitualmente, a la incineración del cadáver y al depósito de sus cenizas en ánforas de tipología fenicia. La Joya registra una importante concentración de objetos de lujo y, entre otras cosas, el primer carro del que se conocen en la Península ibérica algunos elementos estructurales, lo que, evidentemente, no debe interpretarse en el sentido de que con anterioridad no existiese aquí ya ese tipo de vehículo<sup>51</sup>. Todas las tumbas principales de La Joya parecen fecharse en el último tercio

49. J.P. Garrido, *Excavaciones...*, y también J.P. Garrido-E.M. Orta, *Excavaciones en la necrópolis de La Joya (Huelva)*. Madrid 1978.

50. M.E. Aubet, *La necrópolis de Setefilla en llora del Río, Sevilla*. Barcelona 1975, pp. 66ss.

51. M. Fernández-Miranda-R. Olmos. *Las ruedas de Toyya (Jaén) y el origen del carro en la península ibérica* (en prensa).

del s. VII a.C. y tal vez en los primeros años del siguiente; la necrópolis debió continuar en uso algún tiempo y es posible que a esa fase final correspondan los enterramientos situados en la parte más alta del cerro, donde se mezclan incineraciones en urnas con inhumaciones, todo ello con ajuares mucho más pobres y con fecha ya de entrado el s. VI a.C. Las estructuras tumulares que actualmente excava J.P. Garrido en otra zona, no muy alejada, quizá sean la continuación en el tiempo del cementerio de Huelva en pleno s. VI a.C., pero sólo conjeturas se pueden establecer, hasta tanto no se conozcan los resultados de tales trabajos. Queda el atractivo de la hipótesis que, de confirmarse, significaría el retorno de los tartessios onubenses al rito de enterramiento en túmulo, abandonando las influencias fenicias que motivaron las heréticas cámaras subterráneas de La Joya<sup>52</sup>, o quizá la simultaneidad de ambos ritos, según creencias u origen social de los enterrados.

En relación con este complejo mundo de las creencias religiosas tartésicas merecen citarse las estatuillas de bronce halladas, de manera casual, en las inmediaciones de la ciudad de Huelva y dadas a conocer recientemente<sup>53</sup>. Se trata de dos piezas de filiación sirio-egipcia, una de las cuales pertenece a la serie de los *smiting-gods* mediterráneos, probablemente representación del dios Reshef, tocado con *lebadé* y vestido con un característico *schenti* egipcio. La otra más bien parece representar una divinidad egipizante, con *lebadé* o mejor *atef* osiriaca y actitud hierática, con una mano recogida sobre el pecho y la otra caída a lo largo del cuerpo. Estas piezas se fechan a partir del s. VIII, por lo tanto se pueden incluir dentro de este período de vida de la ciudad tartésica de Huelva así como del precedente, si bien la existencia de un comercio más intenso a lo largo del s. VII a.C. aconseja como hipótesis la datación más moderna.

Este tipo de estatuillas onubenses, a las que se deben añadir los hallazgos de Cádiz ya reseñados, el Melqart del Museo Arqueológico de Sevilla<sup>54</sup> o los bronceos procedentes de esa misma provincia que se guardan en el Museo Arqueológico Nacional<sup>55</sup>, parecen prueba evidente de la fuerza que tuvo el culto a figuraciones tipo *smiting-god* en el suroeste peninsular, sin duda como consecuencia de influencias religiosas de raigambre fenicia. Tal culto debió calar hondo entre los propios tartessios y también entre sus vecinos, como parecen demostrar los llamados guerreros de Mérida y Medina de Las Torres<sup>56</sup>, así como perdurar después en la estatuaria religiosa ibérica, en la balear o en la más tardía de la propia ciudad de Cádiz. Su procedencia puede ser tanto sirio-fenicia como egipcia. En el caso de las representaciones identificadas como Reshef, éstas podrían muy bien ser prueba del culto a Reshef-Melqart, un sincretismo que sin duda no fue raro en Occidente, como lo prueba, por ejemplo, la placa con inscripción hallada en el santuario ibicenco de Es Cuieram<sup>57</sup>. En Cádiz tal culto no puede extrañar, habida cuenta de la devoción a Melqart en la ciudad, que le levantó un templo citado por las fuentes. Es muy posible que desde Cádiz su culto se propagara entre los tartessios y prueba de ello sería una, al menos, de las dos piezas onubenses, desgraciadamente encontradas fuera de un contexto arqueológico que permita datarlas e interpretarlas con mayor precisión y seguridad. Un último elemento cultural importante, tanto por su relevancia intrínseca como por lo que significa desde un punto de vista histórico, es la aparición de la escritura denominada meridional, estudiada en detalle por De Hoz<sup>58</sup>. Se trata, en lo que aquí interesa, de un conjunto de grafitos sobre recipientes cerámicos de factura indígena, desgraciadamente aparecidos siempre fuera de contexto estratigráfico, lo que ha llevado a establecer

52. J.P. Garrido, "Avance sobre los nuevos trabajos en la necrópolis orientalizante de Huelva", en *XVI Congreso Nacional de Arqueología*. Zaragoza 1983, pp. 339ss.

53. I. Gamer-Wallert, "Zwei statuetten syro-ägyptischer Gottheiten von der Barra de ahuelva, *Madrider Mitteilungen* 23(1982)46ss.

54. F. Fernández, "Un Melkart de Bronce en el Museo Arqueológico de Sevilla", en *Homenaje al Prof. Martín Almagro Basch*, II. Madrid 1983, pp. 369ss.

55. M. Almagro Basch, "Un tipo de exvoto de bronce ibérico de origen orientalizante", *Trabajos de Prehistoria* 37(1980)247ss.

56. M. Almagro Basch, "Un tipo de exvoto..."

57. M. Fernández-Miranda, "Resef en Ibiza", en *Homenaje al Prof. Martín Almagro Basch*, II. Madrid 1983, pp. 359ss.

58. J. De Hoz, "La epigrafía meridional prelatina en España", en *Actas del I Coloquio sobre lenguas y culturas prerromanas de la Península ibérica*. Salamanca 1976, pp. 227ss.

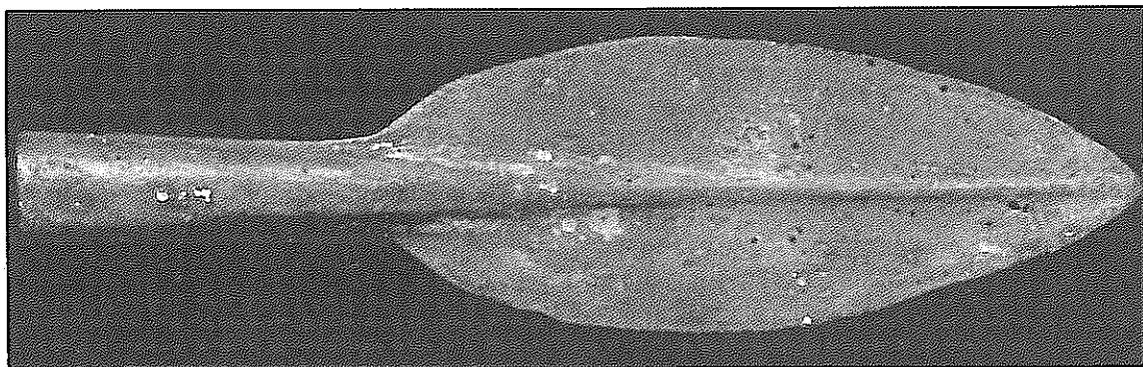
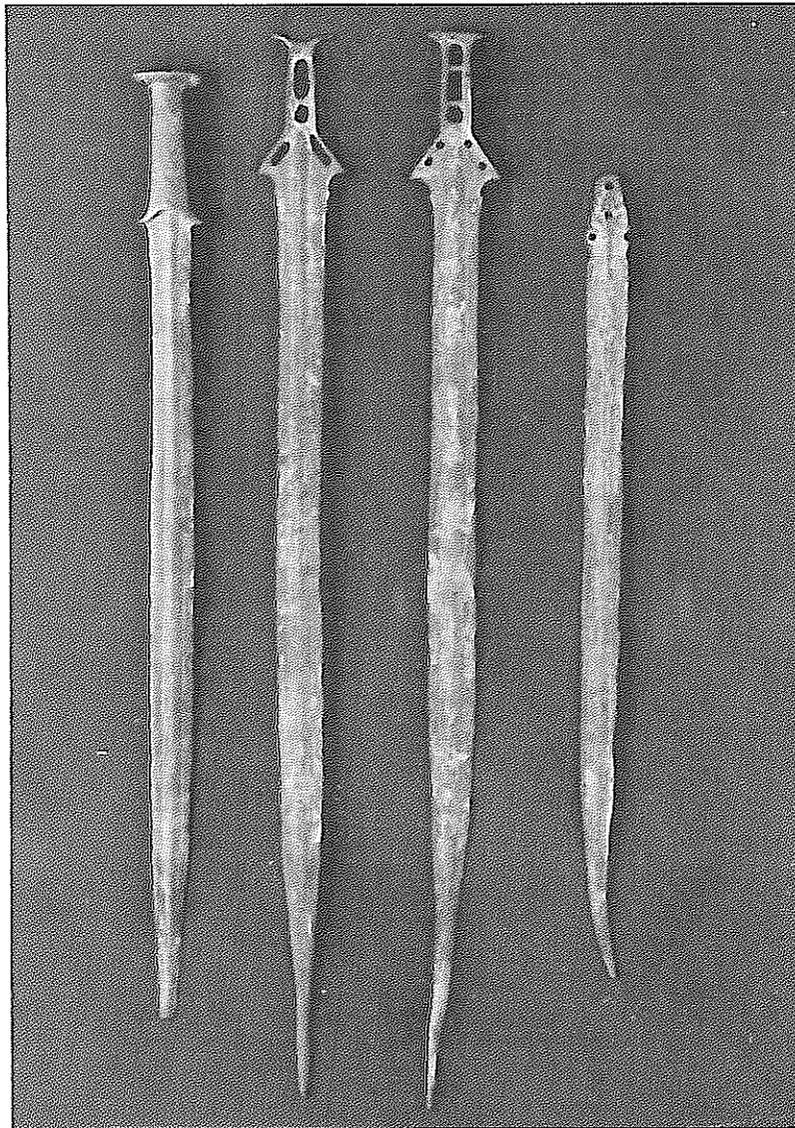


Fig. 12. Espadas y punta de lanza del depósito de la Ria de Huelva (Foto J. Latova. Archivo Dirección General de Bellas Artes).

diversas conjeturas sobre su cronología que están necesitadas de la correspondiente comprobación arqueológica, hasta ahora inexistente. Según De Hoz tales grafitos se fechan a partir del s. VII a.C., son de patente inspiración fenicia y deben interpretarse como una adaptación local de dicha escritura, en el contexto del horizonte orientalizante que se desarrolla en la región.

Este tipo de escritura, que también aparece en Extremadura sobre piedra y cerámica<sup>59</sup>, se emparenta con la registrada en ciertas estelas del sur de Portugal<sup>60</sup> y, en principio, parece característica de las poblaciones indígenas del Suroeste peninsular en el tránsito entre el Bronce Final y los comienzos de la edad del Hierro, en unos casos, como es el de Huelva, dentro del marco de la cultura tartésica, y en otros en conjuntos culturales de más difícil catalogación, quizá influenciados por aquélla. De acuerdo con De Hoz constituiría el precedente de la escritura ibérica, desplazándose desde el valle del Guadalquivir hacia el suroeste, donde se documenta en epígrafes como el de Moixent, al parecer fechable en el s. IV a.C.

Ciertamente y siempre a partir del soporte sobre el que tales restos epigráficos aparecen en Huelva, su datación podría ser anterior al s. VII a.C., ya que se trata de cerámicas indígenas que, como he dicho, no están fechadas con precisión, aunque su tipología permita incluirlas en el s. VIII a.C. y aún antes. En Medellín, donde sí están registradas correctamente, son del s. VII a.C.<sup>61</sup>, pero a ese yacimiento debieron llegar, lógicamente, con cierto retraso respecto de la zona costera de influencia directa fenicia. Y lo mismo cabe decir de los encontrados en el sur de Portugal.

De acuerdo con todo ello parece evidente que la cultura tartésica desarrolló con toda seguridad a lo largo del s. VII a.C. un modelo de escritura de filiación fenicia cuyo origen quizá se pueda remontar en el tiempo. Si comienza en el s. VII a.C. constituiría una manifestación más del proceso de aculturación que vengo explicando. Si aún fuera anterior podría interpretarse como otra prueba de las relaciones precoloniales o de primeros contactos ya tratadas. En todo caso, y aceptando la fecha del s. VII a.C., que sí parece segura, estos epígrafes son testimonio indudable del conocimiento de la escritura por parte de los tartessos, al menos en la época que se considera de auge de su cultura, compartiendo en general las tesis desarrolladas por De Hoz, aunque sean discutibles en varios de sus puntos concretos, en particular en ciertas consideraciones de carácter cronológico, como son aquellas concernientes al proceso escritura meridional/escritura ibérica y en las fechas que sostiene para la formación de esta última, si bien es esta una cuestión que escapa al asunto que aquí se trata.

En síntesis, todo lo que antecede no sirve sino para testimoniar una vez más la importancia política, económica y social que en esta tercera fase de auge y orientalización de la cultura tartésica tuvo la zona de la actual ciudad de Huelva. Quizá lo más destacable de todo lo expuesto sea constatar que, sin perder muchas de las tradiciones que son comunes a esa cultura en toda la Andalucía occidental, la población asentada en Huelva experimentó una transformación específica y propia determinada porque la situación geográfica de la ciudad facilitó un desarrollo económico que quizá en otras zonas, con ser también importante, no fué tan intenso. Es posible que los nuevos emplazamientos, aún en estudio, descubiertos en estos últimos años en las proximidades de Cádiz alteren en parte esta consideración sobre Huelva. No cabe duda, por ejemplo, que en Mesas de Asta debió levantarse una importante ciudad tartésica, desgraciadamente perdida desde un punto de vista científico a causa de las desafortunadas excavaciones que allí se realizaron. La excavación en el yacimiento de la Torre de Doña Blanca, en el Puerto de Santa María, parece confirmar la hipótesis de la existencia de un *Hinterland* inmediato a Cádiz muy próspero. En todo caso el enclave tartésico de Huelva, y en particular su necrópolis de La Joya, es reflejo indiscutible del elevado poder que consiguieron alcanzar determinados personajes de la aristocracia tartésica, probablemente los mismos que quedaron reflejados en las fuentes escritas de la Antigüedad.

59. M. Almagro Gorbea, *El bronce final...*, pp. 263ss.

60. C. De M. Beirao et al., *As estelas epigrafadas da I Idade do Ferro do sul de Portugal*. Setubal 1979.

61. M. Almagro Gorbea, *El bronce final...*, pp. 271ss.

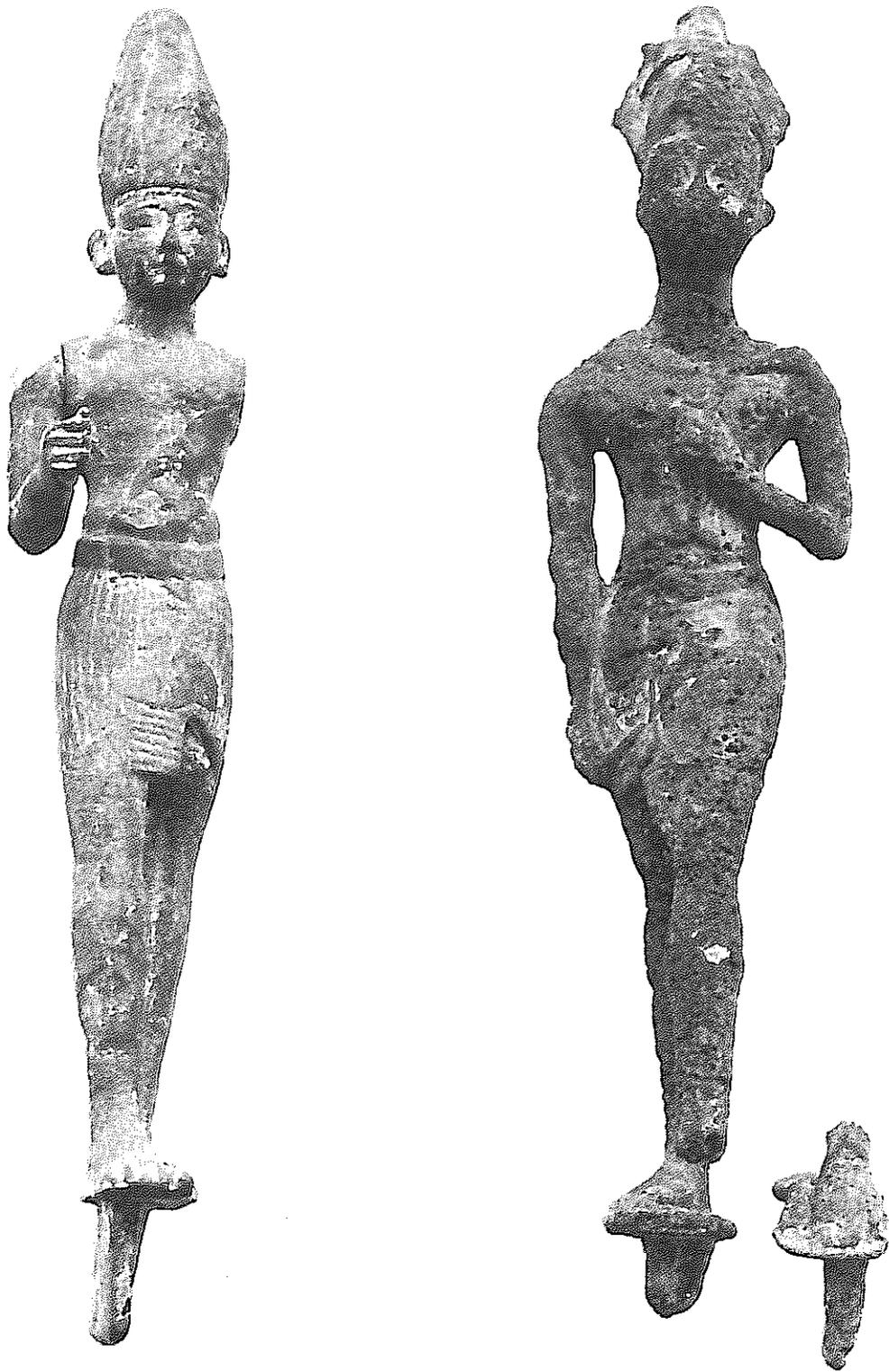


Fig. 13. Estatuillas en bronce halladas en las inmediaciones de la ciudad de Huelva (Foto P. White. Instituto Arqueológico Alemán en Madrid).

#### 4. Helenización y ocaso de la cultura tartésica

Ya he indicado cómo a partir del último tercio del s. VII se registra en Huelva un sensible aumento de objetos de origen griego. Ello no es fenómeno exclusivo de esta ciudad, pues también los asentamientos fenicios de la península experimentan un hecho similar. Tal proceso continúa a lo largo del s. VI, en Huelva parece que con gran intensidad, no sólo en esas zonas meridionales, sino también en el resto de la costa mediterránea peninsular, y ello debido a distintas causas, aunque en síntesis obedezca a la regularización de las navegaciones griegas por el Mediterráneo más occidental, como consecuencia de la pérdida de importancia política de las metrópolis fenicias de Oriente y el consiguiente abandono de un papel que Cartago no es capaz por sí misma de asumir, o que sólo sabe tomar parcialmente.

En Huelva a las piezas ya antes señaladas como importaciones durante el primer tercio del s. VI a.C. deben añadirse, a lo largo del mismo, una serie de hallazgos cerámicos de variada procedencia, en su mayor parte venidos de la Grecia del este, que prácticamente cubren toda la primera mitad del siglo: fragmentos de estilo laconio, de copas tipo Gordion, de origen jonio, un fragmento de ánfora ática...<sup>62</sup>. Ello coincide, por otro lado, con la disminución de los productos orientales no griegos y además parece significar el abandono progresivo en la ciudad de muchos de los modelos cerámicos de tradición fenicia característicos de fases anteriores, si bien es cierto que la raigambre semita no parece que desaparezca totalmente.

Resulta claro que la presencia griega, que hasta fines del s. VII a.C. se considera indirecta, esto es con productos llegados hasta Huelva a través de comerciantes fenicios o bajo su control, pasa a ser directa y se convierte en frecuente a lo largo de la primera mitad del s. VI, para luego desaparecer y no volver a recuperarse hasta más de cien años después, a fines del s. V a.C. Esto es lo que considero la helenización de Tartessos, preludio de su ocaso y desaparición tras los años centrales del s. VI por razones que, hoy por hoy, resultan difíciles de explicar.

La helenización de Tartessos no debe verse como un fenómeno exclusivo del suroeste; forzosamente tiene que analizarse en el contexto general de la Península ibérica, lo que sin duda ayuda a comprender lo que ocurrió en la primera mitad del s. VI en Andalucía occidental. En efecto, toda la costa mediterránea peninsular, desde Cataluña hasta el río Segura, recibe a partir del primer tercio del s. VI bastantes productos cerámicos griegos. Ello ha dado pie a buscar colonias griegas a lo largo de las costas de Valencia y Alicante y a establecer distintas valoraciones sobre el papel que Marsella y Ampurias pudieron jugar en tal proceso<sup>63</sup>. En cualquier caso, y eso es lo que a mi juicio interesa aquí, tanto sean navegantes jonios como focenses o de cualquier otra procedencia, el hecho es que en un amplio territorio donde hasta comienzos del s. VI no se registra un solo hallazgo griego, aparece un número considerable de fragmentos a partir aproximadamente de 580 a.C., repartidos además de manera bastante uniforme y sin grandes espacios intermedios vacíos. Está claro que el comercio griego, bien sea desde las colonias italianas, desde Marsella-Ampurias, en el caso de los focenses, o directamente desde sus metrópolis, salta sobre la Península. Busca, por un lado, las riquezas de Tartessos, en competencia con los asentamientos fenicios de Occidente, y, por otro, el control de las rutas comerciales del Mediterráneo occidental septentrional, es decir Etruria y el sur de Francia.

Hay que suponer que las factorías fenicias del sur de la Península, que a lo largo del siglo sexto persisten en su actividad, aunque en muchos casos hayan perdido pujanza, no son capaces de contrarrestar esta influencia nueva y seguramente ello les lleva primero a perder el comercio de Tartessos y, hacia finales del siglo, pone fin a su propia existencia como tales enclaves coloniales. La única contrapartida posible la ofrece

62. Véase, entre otros trabajos, R. Olmos-J.P. Garrido, "Cerámica griega en Huelva", en *Homenaje a Sáenz de Buruaga*. Badajoz 1982, pp. 243ss., y también J. Fernández Jurado, *La presencia...*, este último con los principales hallazgos registrados en las recientes excavaciones de urgencia realizadas en distintos solares de la ciudad.

63. Véase en síntesis P. Rouillard, *art. cit.*, *supra* n. 30; id., "Les colonies grecques de sud-est de la Péninsule ibérique", *Parola del Passato* 204-207(1982)417ss.

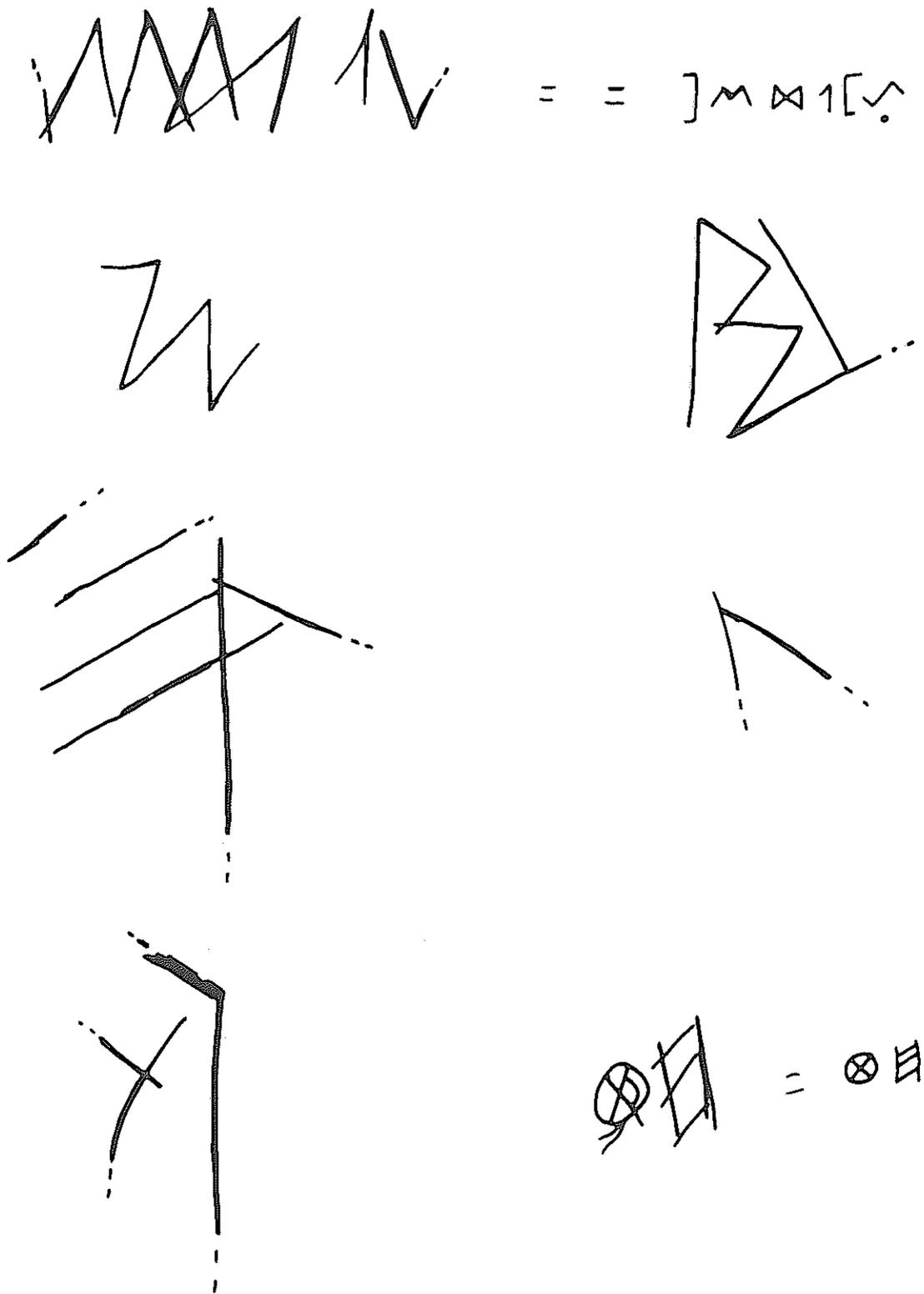


Fig. 14. Grafitos sobre fragmentos cerámicos (sg. De Hoz, 1976).

Cartago fundando las colonias de Ibiza y Villaricos, pero tal iniciativa no frena, en principio, la progresiva influencia griega en la región.

El proceso que llevó a los griegos a *helenizar* Tartessos tiene posiblemente sus raíces en los hallazgos analizados más arriba de objetos de esa procedencia en el último tercio del s. VII a.C., cuando el auge de aquella cultura provocó el intento por parte de estos de abrir una nueva vía comercial. Algunos datos de las fuentes escritas, en particular Herodoto, ayudan a comprender ciertos aspectos de esta historia. Según ese historiador los focenses debieron contactar con los tartessos a fines del s. VII a.C., utilizando para tal viaje pentecónteras, es decir, barcos de carácter militar. Es evidente que ese viaje, a diferencia del supuestamente realizado por Kolaio de Samos, que aparece accidental, obedecía a una idea preestablecida y consideraba unos riesgos potenciales, traducidos en navegar en un navío de guerra y no en uno de carga para comerciar con ella. Esa primera expedición focenses bien pudo ser un primer intento, quizá fallido, de abrir la vía comercial tartésica, empresa que tras el 600 se volvió evidentemente más sencilla. Cuenta Tucídides que sobre ese año los focenses derrotaron a los cartagineses, cuando estos intentaban con su escuadra poner dificultades a la fundación de Marsella. Es probable que la marina cartaginesa sufriera un serio revés, lo que provocaría durante varios años la impotencia bélica naval de Cartago frente a los navegantes griegos por el Occidente, limitándose quizá a asegurar el control de los citados asentamientos de Ibiza y Villaricos como únicos puntos de apoyo comercial, además seguramente de las declinantes factorías coloniales históricas. La campaña militar de Malco en Sicilia en 550 o la batalla de Alalia, al margen de considerar estos hechos de armas de una u otra manera, constituyen pruebas evidentes de que a lo largo del s. VI griegos occidentales y púnicos de Cartago se disputaban el control del Mediterráneo occidental y con él la ruta comercial que llevaba, entre otros sitios, al mercado de productos metálicos del suroeste peninsular.

La información arqueológica en Huelva sobre esta última fase de la cultura tartésica es, por ahora, escasa. Las recientes excavaciones arqueológicas, todavías llevadas a cabo en la zona baja de la ciudad, al pie del área que ocupan los cabezos, están aun por publicar y de ellas sólo se conocen algunos de los hallazgos más sobresalientes, en particular ciertos fragmentos griegos encontrados que sirven para plantear la hipótesis de la helenización del lugar, tal y como se desprende, por otro lado, de los datos transmitidos por las fuentes escritas. Asimismo parece clara la continuidad de la actividad metalúrgica. En el Cabezo de San Pedro ninguno de los sondeos efectuados permite identificar con claridad niveles del s. VI, ni tampoco del siguiente, y el Cabezo de La Esperanza se abandona a principios de ese siglo, sin que existan pruebas de su reocupación hasta que, ya en época romana, se usa como necrópolis, función esta que debió cumplir intermitentemente hasta tiempos bien cercanos. Cabría quizá plantear la hipótesis de un desplazamiento de la población, o quizá su reducción, hasta las tierras bajas, junto a los fondeaderos de los barcos, probablemente reflejo de un momento, aunque corto, de estabilidad.

Los restos de construcciones halladas en el área de la calle del Puerto y alrededores pueden considerarse provisionalmente como prueba de esa transformación urbana. Tan sólo se conocen datos, aunque ciertamente elocuentes, de uno de esos solares<sup>64</sup>. En él, tras una fase de poblamiento antigua, aún sin precisar pero que puede incluso alcanzar a los momentos más antiguos constatados en otros puntos de la ciudad, con cerámicas a mano tipo retícula bruñida, lo que demostraría la extensión de la zona de hábitat a las partes bajas de la ciudad desde fecha temprana, se han podido detectar ciertas estructuras constructivas fechadas a lo largo del s. VI. El poblamiento luego continúa hasta época romana, si bien con signos de empobrecimiento. Tales estructuras parece que corresponden unas veces a almacenes de planta rectangular y otras a viviendas de idéntica forma. En ambos casos se construyen siguiendo una disposición regular, que denota un urbanismo racionalizado a manera de las construcciones que son habituales en muchos puntos del Mediterráneo en esos mismos años y también parecen detectarse en las colonias fenicias meridionales de la Península ibérica, a

64. J.P. Garrido, "Avance sobre las excavaciones de urgencia en la calle del Puerto. Huelva", en *XVI Congreso Nacional...*, pp. 549ss.

abase de muros formados con lajas de pizarra. En medio de uno de esos departamentos aparecieron los restos de un horno de fundición —hay otros pendientes de excavación en la misma zona, lo que confirmaría la hipótesis de encontrarnos ante un espacio de utilización fabril— y junto a él gran cantidad de escorias que reflejan el beneficio de la plata, actividad ésta, por otro lado, ya documentada en fases anteriores sobre el Cabezo de La Esperanza. Estos descubrimientos, junto con algunos otros aun inéditos de los que existe noticia, son indudablemente de un gran interés, pues su estudio permitirá precisar, por vez primera, el modelo urbanístico tartésico en Huelva, aunque sólo sea para alguna de sus fases, y concretar mejor ciertas actividades económicas, en este caso la fundición de metales, así como los procesos tecnológicos seguidos.

Por los datos que ahora se poseen, las cerámicas griegas dejan de aparecer en Huelva en los primeros años de la segunda mitad del s. VI a.C. No ocurre igual en la zona costera de Alicante y Murcia, donde esos productos, sin ser muy abundantes, están presentes en yacimientos como el cabezo de El Tío Pío, en Archena, en El Molar (Alicante) o en La Albufereta<sup>65</sup> a fines del s. VI y se continúan luego con otros hallazgos ya en el primer tercio del V. Evidentemente el vacío de Huelva puede deberse a un problema de falta de investigación en extensión en la zona donde se registran este tipo de hallazgos, pero ciertos datos de índole diversa dan pie para pensar que tal ausencia de importaciones desde los años centrales del s. VI a.C. obedece exclusivamente a la desaparición de Tartessos como zona de interés comercial: la inexistencia de una colonia griega en el sur, que parecía lógica para continuar el camino hacia el Estrecho de Gibraltar y el ocaso de las factorías fenicias de la costa andaluza. Tan sólo Cádiz parece continuar su vida, quizá ya como ciudad independiente o, en todo caso, manteniendo alguna relación con Cartago. El resto de los emplazamientos coloniales antiguos desaparece a fines del s. VI, o se convierte en núcleos habitados de escaso interés; Toscanos, por ejemplo, finaliza su vida en los años centrales del siglo. Todas esas factorías son sustituidas normalmente por otras poblaciones, a veces muy próximas, de mucha menor entidad, lo que prueba que el poblamiento del territorio permanece constante pero no con el carácter que presentaban los asentamientos antiguos. Un caso muy claro parece ser Cerro del Mar, frente a Toscanos, en la otra margen del río Vélez, donde junto a la necrópolis hay restos de un poblado al que probablemente corresponden las tumbas más modernas de Jardín, hasta el s. IV a.C. En Morro de Mezquitilla hay indicios de poblamiento entre los siglos VI y V y lo mismo ocurre en *Malaca*. Al oeste de Villaricos, cuyas fechas más antiguas deben situarse a principios del s. VI y cuya filiación cartaginesa parece evidente, sólo destaca Almuñécar, donde es seguro que a la colonia antigua, identificada básicamente en la necrópolis Laurita, sucede otra moderna, ya púnica y probablemente dependiente de Cartago, cuyo uso en el s. VI está claro<sup>66</sup>. A fines de ese siglo Sexi se ha convertido ya en ciudad mastiena, según Hecateo de Mileto recogido por Esteban de Bizancio, lo que constituye una buena prueba de la evolución de una ciudad desde su carácter más o menos colonial hasta su transformación en núcleo de un grupo cultural ibérico.

Es posible que a partir de mediados del s. VI Cartago recupere, al occidente de Villaricos y con Ibiza como avanzadilla hacia el norte, una cierta influencia en la zona más occidental del Mediterráneo, es decir, hacia el Estrecho de Gibraltar. Pero esta nueva etapa no se documenta, por el momento, en Huelva ni tampoco en los restantes núcleos tartésicos de la Baja Andalucía. Quizá se trate de un fenómeno exclusivamente costero y puntual con límite en Cádiz, ciudad que sin duda continuó pesando sobre un amplio territorio. En todo caso todos esos acontecimientos parecen marcar el fin de Tartessos, hacia mediados del s. VI a.C., y, en el caso de Huelva, el comienzo de una fase oscura, quizá de aislamiento, que termina a fines del s. V, cuando de nuevo las importaciones griegas irrumpen masivamente, como lo hacen en toda Andalucía, probablemente de la mano comercial de Cartago en gran medida. Esa fase oscura coincide con la formación de la cultura turdetana, cuya eclosión debe colocarse, sin duda, en la segunda mitad del s. VI a.C. y que con toda seguridad constituye una realidad tangible en toda Andalucía a partir del 500 a.C., tal y como lo señalan las fuentes escritas y lo confirma la documentación arqueológica.

65. P. Rouillard, *Les céramiques...*, pp. 421s.

66. F. Molina Fajardo *et al.*, *Almuñécar en la Antigüedad*. Granada 1982.

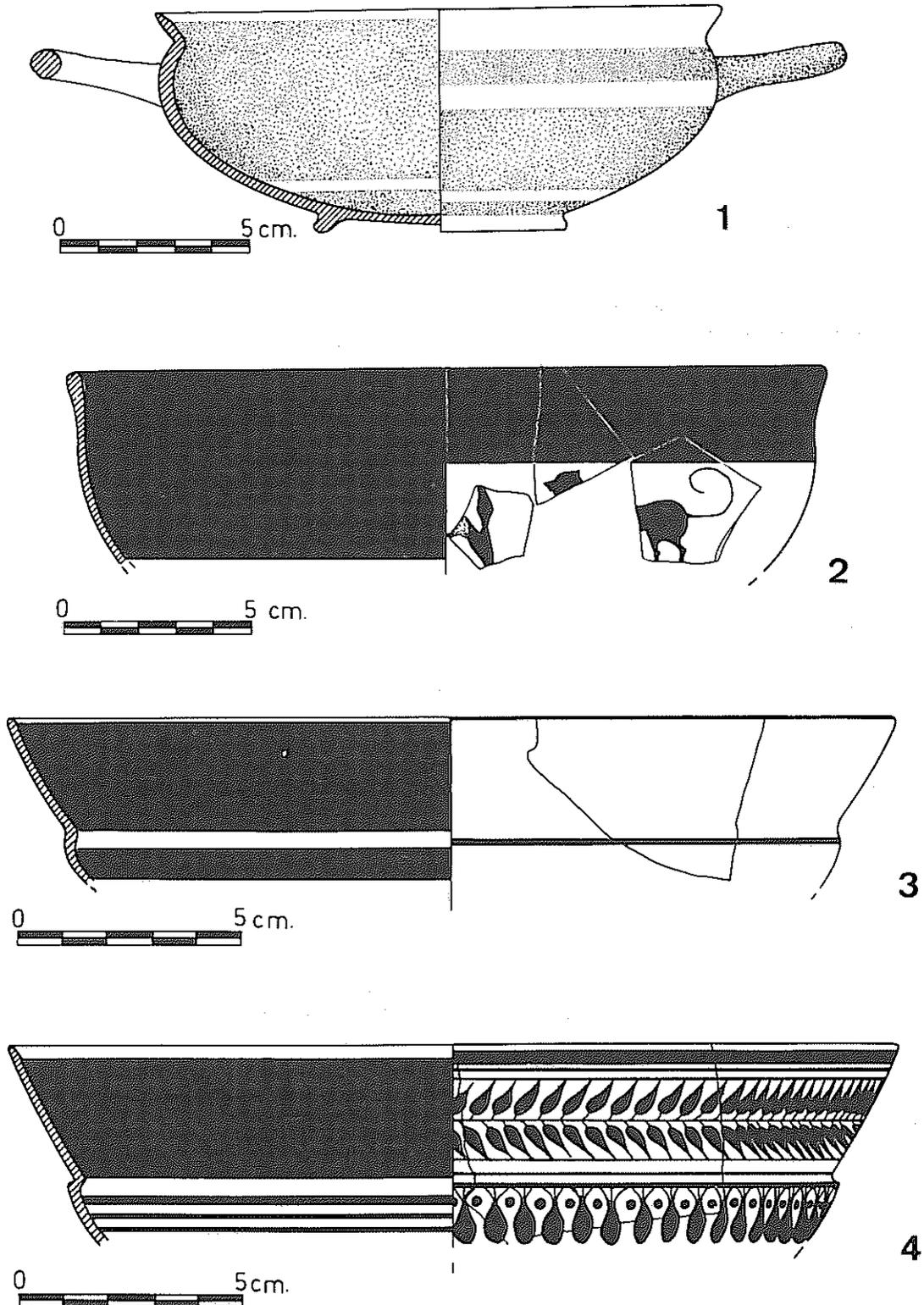


Fig. 15. Cerámicas griegas de la fase IV: copa jonia (1), copa de bandas (2), copa tipo Gordion (3) y copa de Laconia (4) (sg. Fernández Jurado, 1984).

*Consideraciones finales.*

A grandes rasgos, y sin entrar en una descripción detallada de los elementos arqueológicos en que se basa, queda de esa manera conformada la evolución de Huelva en época tartésica. La génesis de la cultura tartésica es la causa por la que Huelva aparece como ciudad y, al final, su ocaso provoca que Huelva quede reducida como tal a su mínima expresión. La ciudad parece reflejar, quizá mejor que ningún otro yacimiento, y ello pese a las dificultades de su excavación y los nulos datos que existen sobre su urbanismo antiguo, lo que fué Tartessos a lo largo prácticamente de cinco siglos. Y además, en esta ocasión, las fuentes arqueológicas no parecen entrar en grave contradicción con lo que los textos antiguos han transmitido sobre el particular. El admirado Argantonio bien pudo vivir en el momento en que los focenses conectaron con el suroeste peninsular, a fines del s. VII a.C. o, más probablemente, ya en los primeros años del siguiente. El óbolo hallado frente al poblado de El Carambolo<sup>67</sup> queda como indicio, a mediados del s. VI a.C., de uno de los muchos pagos que los comerciantes focenses harían a los tartessos tras costear desde Ampurias o Marsella toda la ribera mediterránea de la Península ibérica, quizá apoyándose en su camino en Hemeroskopeion, Alónis o Ákra Leuké, cuya existencia unos investigadores niegan tantas veces como otros consideran indispensable, manteniendo una polémica quizá necesaria pero, desde luego, estéril en tanto no aparezcan los argumentos arqueológicos que posibiliten salir del estado en que se encuentra.

Algo similar ha sucedido en el caso de Huelva y, en general, en el del estudio de las factorías fenicias del sur de la Península y la valoración de los hallazgos griegos que en estos últimos años se han ido intensificando. Tal parece como si existieran dos agrupaciones de investigadores o clubs empeñados en demostrar la preponderancia fenicia sobre los griegos o viceversa en la exploración y el control del comercio con la Península ibérica en los tiempos que se corresponden con la vida de Tartessos. Y nada más absurdo si con objetividad se analizan las fuentes arqueológicas y, a su luz, se contrastan otras informaciones, no siempre tan desinteresadas como a veces se quieren presentar y, desde luego, en ningún caso tan objetivas como las primeras. Y, sobre todo, si ello se analiza con un criterio histórico riguroso donde no solo se valoran los hechos puntuales que se han tratado a lo largo de estas líneas, sino también los problemas generales sincrónicos a lo largo de todo el Mediterráneo. El análisis de los restos materiales obtenidos en Huelva es elocuente no solo para la historia de la propia ciudad sino para todo el conjunto de la cultura tartésica. Tartessos aparece así como el resultado de un amplio y dilatado proceso evolutivo constatable a lo largo del Bronce Pleno y Final inicial, que se constituye como tal cultura singular en una fase avanzada de ese último periodo, en torno al s. X a.C. El contacto con los navegantes fenicios y el comercio con las factorías que estos instalan en la costa andaluza, desde Cádiz a Granada, provocan su progresiva aculturación, integrándolo en el ámbito colonial semita que se desarrolló en el sur de la península durante los siglos VIII y VII a.C. En contrapartida, tal asimilación cultural es la causa del auge económico y comercial de Tartessos. La expansión griega, tal vez focense, por el Mediterráneo más occidental, iniciada quizá en el último tercio del s. VII a.C. y consolidada a comienzos del siguiente, tras las fundaciones de Marsella y Ampurias, modifica el esquema de la zona, entra en competencia con el posible monopolio comercial fenicio y lo desplaza. Así Tartessos contacta con los comerciantes helénicos y conoce un último periodo en el que la economía colonial griega sustituye a la fenicio-cartaginesa como agente de intercambio comercial y de influencia cultural. Pasados los años centrales del s. VI a.C. la cultura tartésica se extingue como tal, a la vez que se prolonga a través de la turdetana. De todo ese extenso proceso histórico, reflejado en las cuatro fases teóricas desarrolladas a lo largo de este trabajo, Huelva fué testigo excepcional, quizá, por cuanto se ha expuesto, el enclave más importante indígena desde el Guadiana al valle del Bajo Guadalquivir, es decir de todo el territorio tartésico.

67. A. Furtwängler, "Auf den Spuren eines ionischen Tartessos-Besuchers: Bemerkungen zu einem Neufund", *Mitteilungen des Deutschen Archaeologischen Institut, Athenische Abteilung* 92(1977)61ss.